

Atenea

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~



PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION



SUMARIO: ENRIQUE MOLINA: *La moral de Guyau* □ ALONE: *Un prodigio literario* □ RAUL SIMON: *Contribución al estudio de las causas de depreciación y oscilación del valor de la moneda en Chile* □ Dr. EDUARDO MOORE: *Educación sexual* □ RAMON CLARES P.: *Poesmas del fuego* □ ANGEL CRUCHAGA SANTA MARIA: *Oraciones* □ RAUL WORNER MONCADA: *Motivos del Juan Cristóbal* □ SANTIAGO MARIN VICUÑA: *En Wáshington* □ Hombres, Ideas y Libros: JOSÉ VASCONCELOS: *Mensaje a Norte América* □ ABRAHAM VALENZUELA C.: *Anatole France (1844-1924)* □ □ □ □

Universidad de Concepción. Chile

Precio: \$ 3.00 ~ ~ Noviembre, 1924

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

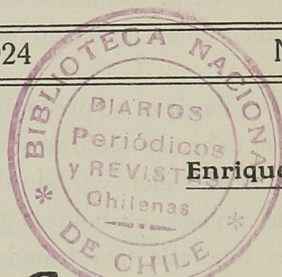
Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo,
Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).

EDITOR Y AGENTE GENERAL: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO I

NOVIEMBRE DE 1924

NÚM. 8



Enrique Moilna

La moral de Guyau



N este campo de su especulación, Guyau se muestra de un valor moral inflexible para atacar el error y defender lo que estima verdadero. Hay algo de heroico en su acometividad espiritual. Es el caballero del ideal que, sin pensar en los peligros que puedan amargar su vida, se lanza revestido de las mejores armas del verbo contra los dragones del temor del prejuicio y de la hipocresía. Nada le arredra, como amante apasionado, para llegar a la posesión de la verdad desnuda.

Principia por establecer, Guyau, en la más original y personal de sus obras, la intitulada «Ensayo de una moral sin obligación ni sanción», cuales son los fines que persigue. «Nos proponemos investigar, dice, lo que podrá ser y hasta donde podrá llegar una moral en que no tenga cabida el prejuicio, y en que todo sea razonado y apreciado conforme a su verdadero valor, para discernirles a unas proposiciones el dictado de certidumbres y a otras el de opiniones e hipótesis simplemente probables... Nada indica que una moral puramente científica, es decir, fundada únicamente en lo que se sabe, deba coincidir con la moral ordinaria, compuesta en gran parte de normas que no tienen otra raíz que la del sentimiento o el prejuicio... No se quebranta la verdad de una ciencia, por ejemplo de la moral, mostrando que su objeto en cuanto ciencia es restringido. Al contrario, restringir una ciencia es a menudo darle un carácter de superior certidumbre: La química no es más que una alquimia reducida a los hechos observables. Creemos de igual modo que la moral puramente científica no debe pretender abrazarlo todo, y que, lejos de querer exagerar la extensión de sus dominios debe esforzarse ella misma por limitarlos. Es menester que consienta en decir con franqueza: en tal caso no puede prescribirse nada impe-

rativamente en nombre del deber; no hay obligación entonces ni sanción; consultad vuestros más profundos instintos, vuestras simpatías más vivas, vuestras repugnancias más normales y más humanas; formulad en seguida hipótesis metafísicas acerca del fondo de las cosas, sobre el destino de los seres y el vuestro propio; os encontráis abandonado desde este punto preciso a vuestro *self government* (1).

Observando su acostumbrado método, hace en seguida Guyau, una crítica previa de las doctrinas que no concuerdan con sus ideas. Les toca su turno esta vez a los ensayos encaminados a justificar metafísicamente la obligación. ¡Con qué vivacidad brillante arremete contra ellos y los desmenuza implacablemente.

La moral de la metafísica admite *un bien en sí* distinto del placer y de la felicidad, e indica como precepto supremo la antigua máxima de «conformarse a la naturaleza».

«¿No es ilusorio, se pregunta nuestro filósofo, buscar en la naturaleza un tipo del bien que debemos realizar y que nos obligue? ¿Se puede conocer el fondo de las cosas y el verdadero sentido de la naturaleza para obrar en la misma dirección? ¿Es posible siquiera atribuirle algún sentido a la naturaleza científicamente considerada? Tres hipótesis han tratado de resolver este enigma: el optimismo, el pesimismo, la de la indiferencia de la naturaleza. Examinémosla sucesivamente».

El optimismo es más bien inmoral porque encierra la negación del progreso. Si todo lo que existe es bueno no hay necesidad de cambiar nada; no se debe retocar la obra de Dios, este gran artista. Del mismo modo todo lo que sucede es bueno y se justifica como parte de una obra divina, acabada en sus detalles. Se llega así no sólo a la excusa sino a la divinización de toda injusticia.

Se ha ensayado también,—continuamos parafraseando a Guyau—otra hipótesis para salvar en cierta medida al optimismo, para excusar a la causa creadora o substancia eterna, sin comprometer el sentido moral y el instinto del progreso. Se ha tratado de hacer ver en el mal físico o sea el dolor material, y en el mal intelectual, o sea el error, la duda y la ignorancia, una condición *sinequa-non* del bien moral. El objeto del universo sería la moralidad y esta supone elección y lucha, el mal tan generosamente repartido en el mundo no tendría más que un fin: poner alternativas al hombre. Pero desgraciadamente se les puede demostrar a los optimistas que un mundo hecho de tal suerte se hallaría muy lejos de ser el mejor de los mundos posibles. Si el mérito se encuentra en razón directa del sufrimiento se puede muy bien imaginar un mundo en que el sufrimiento fuera mucho más intenso que en el nuestro y en el cual, por consiguiente, habría más mérito y sería más perfecto. Si lo que hay de más bello en el mundo para Dios es la resignación de Job o la abnegación de Régulo, ¿por qué se presentan raramente las ocasiones de desplegar tales virtudes y por qué el progreso las va tomando día a día más raras aún? Nosotros no experimentamos ya aquellas terribles tentaciones que hacían temblar los musculosos cuerpos de San Jerónimo y de San Antonio. El progreso marcha lo más a menudo en contra de la moralidad entendida como prueba de resistencia puesta al carácter humano. Si el mundo no

(1) Obra citada—Prefacio.

tuviera otro objeto que plantearnos el problema moral sería menester convenir en que la barbarie lo planteaba con mucho más fuerza que la civilización.

Anticipando algo sobre lo que tendremos que volver más adelante podemos decir desde luego que el universo no es una obra extrema, ni en el sentido del bien, ni en el del mal. Nada nos hace experimentar aquí la satisfacción del que ve un objetivo perseguido y alcanzado. Es imposible señalar un plan en el universo, ni aún el abandonarlo todo a la espontaneidad meritoria de los seres. El mundo no tiene su fin en nosotros como tampoco encontramos nosotros nuestro fin fijado en el mundo de antemano.

Nada se halla arreglado y predeterminado; no hay adaptación primitiva y preconcebida de las cosas las unas a las otras. Esta adaptación supondría primeramente un mundo de ideas preexistentes al mundo real, y luego un demiurgo que, como un arquitecto, ordenara las cosas sobre el plan dado: el universo se parecería entonces a ciertos palacios de exposiciones cuyas piezas, habiendo sido construídas todas aparte, sólo necesitan después ser ajustadas. Pero no; es más bien uno de esos edificios extraños en que cada obrero ha trabajado por su lado, sin preocuparse del conjunto: hay en él tantos fines y planos como trabajadores. Revela la obra un desorden soberbio; y por lo mismo, por su excesiva falta de unidad no es posible censurarla o alabarla de una manera absoluta. Ver en ella la completa realización de un ideal cualquiera es rebajar su ideal, es en consecuencia rebajarse a sí mismo; es un error que casi puede ser una falta.

El último refugio del optimismo lo encontramos en la idea de la inmortalidad personal, que sería la gran excusa de Dios. La creencia en la inmortalidad suprime todo sacrificio definitivo o, al menos, reduce este sacrificio a poca cosa. Ante el tiempo infinito el sufrimiento no parece más que un punto y aún la vida actual entera disminuye notablemente de valor. La idea del deber absoluto y de la inmortalidad se hallan íntimamente ligadas, es decir, el primero no sería aceptable sin lo segundo. Por esto, la inmortalidad ha sido siempre el principal problema tanto de la moral como de la religión.

Por desgracia, no pocas objeciones se pueden formular en contra de ella. Una de las primeras y más graves resultaría de la doctrina de la evolución. El carácter de toda integración, de toda individualidad es el de ser provisoria, de no servir más que para preparar una integración más vasta, una individualidad más rica. Un individuo no es para la naturaleza nada más que un tiempo de detención, situación que no puede ser definitiva sin que se vea entrabada su marcha hacia adelante. Las especies mismas son tipos pasajeros que la naturaleza transforma con el correr de los siglos, moldes que forja al azar y que va rompiendo sucesivamente. Si la especie es provisoria ¿qué podrá ser el individuo? Si la especie fuera inmutable podríamos esperar salvarnos gracias a nuestra conformidad con ella. Pero no, todo es arrastrado por el mismo torbellino, especie o individuos; todo pasa y rueda entre el pasado y el porvenir; el triunfo completo del porvenir exige que vayan desapareciendo.

Se puede hacer una segunda objeción a la inmortalidad. Si el alma fuera inmortal habría que reconocer en ella una potencia superior a la naturaleza y

capaz de dominarla. La vida, dentro de esta hipótesis, sería una especie de lucha del espíritu contra la naturaleza en que la muerte significaría la victoria de aquel. Pero entonces, ¿por qué estas almas victoriosas se apartan de nosotros, lejos del eterno combate que continúa librándose sin ellas? y, ya que su poder no ha debido ser disminuido por la muerte, ¿por qué no ponen esa fuerza al servicio de los hombres, sus hermanos? Era profunda, sin darse cuenta de ello, esa creencia de los antiguos que veían en todas partes a su alrededor moverse y obrar las almas de los antepasados animadas de una potencia sobrehumana. Si el pensamiento sobrevive a la muerte debe convertirse en una providencia para los demás. Parece que la humanidad pudiera tener el derecho de contar con sus muertos, como cuenta con sus héroes, sus genios, con todos los que marchan adelante. Si hay inmortales deberían tendernos la mano, sostenernos, protegernos: ¿Por qué se ocultan de nosotros? ¡Qué fuerza no sería para la humanidad sentir con ella, como los ejércitos de Homero, una legión de dioses listos a combatir a su lado! Y estos dioses serían sus hijos consagrados por la tumba; su número iría creciendo siempre porque la tierra fecunda no deja de producir la vida, y la vida iría tomando formas inmortales. La naturaleza crearía de esta suerte seres destinados a convertirse en su propia providencia. Esta concepción es quizás la más primitiva y a la vez la más atrayente que jamás haya tentado al espíritu humano. Según nosotros, dice Guyau, debería ser inseparable de la noción de inmortalidad. Si la muerte no mata, debe libertar: no puede arrojar a las almas en la indiferencia o en la impotencia; deberá haber, pues, conforme a las creencias de los antiguos, espíritus repartidos por doquiera, espíritus activos, poderosos, providenciales. ¿Quién se atrevería a afirmarlo hoy, sin embargo, o a considerar tal cosa siquiera como probable? La ciencia no ha encontrado jamás una intención buena o mala detrás de un fenómeno de la naturaleza; ella tiende a la negación de los espíritus, de las almas, y, por consiguiente, de la vida inmortal. Parece que creer en la ciencia es creer en la muerte.

En último término, el sentimiento o la creencia de la inmortalidad reposa en una inducción que se formula más o menos diciendo «Yo soy, luego seré». Es propio de la vida afirmar su persistencia y de las concepciones no corregidas por la experiencia pensar que lo que existe existirá. Pero estos dulces sentimientos pueden desgraciadamente ser calificados de inducciones ilusorias.

Por otra parte, la vida verdaderamente eterna sería aquella que estuviera presente en todos los puntos de la duración y que fuera capaz de abrazar de una sola vez todas las diferencias que constituyen para nosotros esta duración misma. Entonces al propio tiempo que nosotros permaneciáramos inmóviles iríamos tomando la representación de seres y de cosas siempre cambiantes. Esta eternidad, que se considera envidiable, constituiría para nosotros la mayor de las tristezas porque la oposición sería mayor entre nosotros y el medio. El desgarramiento sería perpetuo. Veríamos, que todo huía antes de queuviésemos tiempo de adherirnos a ello.

Debemos recordar aquí que Guyau en su obra la «Irreligión del Porvenir» hace desesperados esfuerzos por presentar de una manera plausible diferentes

formas de inmortalidad: pero, como lo veremos más adelante, son ensayos que no pasan de hermosos ensueños.

Guyau critica también con acertadísimo análisis el pesimismo, cuya moral tendría por último objeto la extinción de la vida y del deseo de vivir.

Dice por último, en esta parte nuestro filósofo: «Si la moral del dogmatismo busca la hipótesis más probable en el estado actual de las ciencias, encontrará que no es ella ni el pesimismo ni el optimismo, sino la indiferencia de la naturaleza. Esta muestra, en el hecho una indiferencia absoluta tanto respecto de la sensibilidad como de las direcciones posibles de la voluntad humana». La naturaleza no se cuida ni del bien ni del mal en la forma en que lo entienden los hombres, es enteramente amoral.

Por lo dicho se ve que es una quimera señalar como ley al hombre el dictado de «confórmate a la naturaleza». No sabemos en el fondo lo que es esta naturaleza. Kant ha tenido razón, pues, al decir que no es posible pedir a la metafísica dogmática una ley cierta para la conducta.

Les llega en seguida el turno de pasar por el tamiz de la crítica a la moral que llama Guyau de la certidumbre práctica y a la moral de la fe y de la duda.

«La moral de la certidumbre práctica, dice, es aquella que admite que nos encontramos en posesión de una ley moral cierta, absoluta, apodíctica e imperativa. Unos se representan esta ley atribuyéndole la comprensión de cierta materia, de un bien en sí que nosotros percibiríamos por intuición y cuyo valor sería para nuestra razón superior a todo. Los otros, con Kant, hacen de la ley una proposición meramente formal y que no lleva consigo ninguna materia, ningún bien en sí, ningún fin determinado sino solo un carácter de universalidad que permite distinguir los fines que son conformes a la ley y los que no lo son.

Contra la primera de las concepciones anteriores vale principalmente el viejo argumento escéptico fundado en las contradicciones de los juicios morales. Los preceptos de la moral y las fórmulas del deber son mudables y relativos; cambian de un pueblo a otro y evolucionan dentro de un mismo pueblo. No cabe, pues, desgraciadamente, establecer una ley moral cierta, absoluta, apodíctica e imperativa.

La moral formal y subjetiva de los Kantianos es menos admisible aún. La conciencia humana no puede sentir respeto por una pura forma. Un deber indeterminado y puramente formal no existe en realidad; no podemos experimentar el sentimiento de la obligación sino cuando se señala una materia dada al deber, una cosa debida, la representación de una acción y aún alguna persona a quien nos ligue el deber. El precepto de «Obra de tal manera que tu máxima pueda convertirse en una ley universal» no nos sugerirá ningún sentimiento de obligación mientras no lo apliquemos a problemas de la vida social y a las profundas inclinaciones que ella despierta en nosotros, mientras no concibamos la universalidad de algo, de algún fin, de algún bien que sea el objeto de un sentimiento. Y termina Guyau con estas palabras: «Es desmoralizadora la concepción de una moralidad exclusivamente formal, desprendida de todo; es análoga al trabajo

que se hace ejecutar a los prisioneros en las cárceles inglesas y que no tiene objeto; dar vuelta un manubrio por darle vuelta y nada más. Es irritante y cuesta resignarse. Es menester que la inteligencia apruebe el imperativo y que un sentimiento se adhiera a su objeto» (1).

* * *

Con lógica acerada ataca Guyau las construcciones de la moral de la fe.

La fe moral descansa sobre este postulado: hay principios que es menester afirmar no porque hayan sido lógicamente demostrados o sean materialmente evidentes sino porque son moralmente buenos. En otros términos, el bien pasa a ser un criterio de verdad objetiva. El creyente renuncia a examinar. El deber para él se presenta en sí como sagrado y ordenando con tal fuerza que no queda otra cosa que hacer que inclinarse ante él y obedecer. La fe en el deber se coloca, pues, una vez más por encima del plano en que la ciencia se mueve y en que se mueve la naturaleza humana.

«Sin embargo la fe en el deber cuando se vé atacada, busca la manera de apoyarse en diversos motivos: los espíritus más superficiales invocan una especie de evidencia interior, otros un deber moral, otros una necesidad social.

La tal evidencia interior no prueba nada. La evidencia es un estado subjetivo del cual se puede dar cuenta por razones subjetivas también. La verdad no es únicamente lo que se siente, lo que se vé; es lo que se explica, lo que se relaciona con otras proposiciones. La verdad es una síntesis; esto es lo que la distingue de la sensación, del hecho bruto; la verdad es un haz de hechos. No saca ella su evidencia y su prueba de un simple estado de conciencia sino del conjunto de los fenómenos que se mantienen y apoyan unos a otros,

No dejemos de decir que en nuestro concepto lo anterior vale para la verdad científica. Un simple estado de conciencia en el orden ideológico puede no pasar de ser una creencia: pero en el orden moral un estado de conciencia puede bastar a fundar un deber.

Se ha tratado de fundar la fe moral en la necesidad social. Creo en el deber se diría porque la sociedad sin el deber no puede subsistir.

No se resigna Guyau a entregarse fácilmente a este argumento. Sin embargo, agrega más adelante, aunque sea irracional afirmar en el pensamiento como verdadero lo dudoso, puede ocurrir que esto sea preciso, por las exigencias de la acción. De esta suerte las condiciones de la existencia social podrían dar lugar al imperativo de un deber; pero, dice nuestro autor, se trataría de una situación provisoria y de una afirmación condicional del deber. Mas hay que recordarle a Guyau que ese estado provisorio es la suma de los requerimientos de la vida misma, de una vida que él con tanta razón invoca frecuentemente como criterio de supremo valor.

Ya hemos dicho en más de una ocasión cuánta plenitud, elevación y pureza

(1) *Esquisse d'une morale.*

de sentimientos hay en Guyau, cuan rico es su corazón. Sin embargo habría motivos para inferir de sus críticas que él no hubiera barruntado aquellos secretos de psicología social que se expresan diciendo que el «corazón tiene sus razones que el corazón no entiende». Es que no obstante su riqueza cordial la actitud de nuestro filósofo en el orden especulativo es netamente intelectualista, actitud que señala una característica de los espíritus de vanguardia en los últimos decenios del siglo pasado. Cuando tratan de conocer acallan el sentimiento y ponen toda su confianza únicamente en la ciencia. Son además, no sólo anti-dogmáticos, sino también antirreligiosos.

Desde entonces hasta nuestros días se ha operado una clara evolución. La ciencia no ha perdido ningún valor en el terreno de las investigaciones positivas y de las aplicaciones prácticas; pero ha aprendido a limitar sus pretensiones y a tolerar con amplitud concepciones que van más allá de sus certidumbres. Los espíritus dilectos e ilustrados no pueden dejar de ser anti-dogmáticos, pero no son antirreligiosos. Piensan que es ocioso e inconducente preocuparse de probar la no existencia de Dios. Si no creen en él, tal vez lo desean, tal vez lo buscan y miran como hermanos, con humana y benévola sinceridad a los creyentes.

No nos atrevemos a afirmar que Guyau no haya abundado en estos nobles sentimientos. El mismo protesta en su libro especial sobre la religión de no ser antirreligioso y, en verdad, del conjunto de su obra y de sus bellas disertaciones acerca de la religiosidad en general resulta fundada su protesta. Su personalidad examinada en conjunto no cabe tacharla de estrechez de criterio; pero también es cierto que en detalles de asuntos religiosos suele gastar un calor y una acometividad que no se encuentran hoy día en pensadores de su talla.

* * *

Ya hemos eliminado por medio de la crítica todos los sistemas que Guyau rechaza. Ha llegado la hora de que conozcamos su propio sistema. Va a fundar una moral que descansa exclusivamente sobre hechos, libre de toda tesis, de toda ley a priori, que serían máculas metafísicas, libre también de la idea del bien en sí, concepto que cuando se le quiere determinar se resuelve igualmente en hipótesis metafísicas, y de la idea del deber, que no aparece tampoco ante la conciencia como un principio primitivo e irreductible. ¿Dónde, pues, va a buscar Guyau las bases de su moral? En la vida misma. «Creemos, dice, que una moral exclusivamente científica para ser completa debe admitir que la busca del placer no es más que la consecuencia del esfuerzo instintivo encaminado a mantener y acrecer la vida. La moral fundada única y exclusivamente en hechos positivos puede definirse como la ciencia que tiene por objeto conservar y acrecentar la vida material e intelectual. Las leyes supremas de esta moral serán idénticas a las leyes más profundas de la vida misma. Si se nos pregunta qué es aumentar la intensidad de la vida responderemos que es acrecer la actividad en todas sus formas (en la medida compatible con la reparación de las fuerzas).

Es esta sin duda una concepción amplia, que rompe muchos moldes, corta cadenas arbitrarias y tiende a enriquecer la existencia; pero ¿se sustraerá a toda clase de objeciones? ¿No encontrarían los críticos muchos lados vulnerables como Guyau se ha complacido en mostrarlos en los sistemas que no acepta? ¿No llegaban Stuart Mill y Spencer a una conclusión semejante, a la adoración de la vida? Sin embargo Guyau ha arremetido contra ellos con análisis pulverizadores.

Por otra parte ¿nos traerá esa intensidad de la vida mayor felicidad? ¿Y qué nos importa a nosotros tal objetivo si no identificamos intensidad con felicidad?

¿No es curioso que de esta moral sin obligación vaya resultando el ideal de la actividad intensa para acrecer la vida? ¿Cuántas obligaciones no va a suponer por otra parte la realización de tan vasto ideal?

Guyau que nos ha mostrado hasta ahora un alma ya bastante variada y rica, aguda en la crítica, noble en la inspiración, presta a las mayores abnegaciones, nos descubre una nueva faz interesante. En las líneas anteriores se nos señala como paladín de la concepción americana de la vida y con los correspondientes ribetes de pragmatismo. ¿Qué otra cosa significa el preconizar la intensidad de la actividad vital?

«Después de haber señalado en términos muy generales, dice Guyau, las bases de una moral de la vida, veamos que parte conviene hacer en su seno al hedonismo o moral del placer. El placer es un estado de conciencia que, según los psicólogos y los fisiólogos, se haya ligado a un acrecentamiento de la vida (física e intelectual). De aquí se sigue que el precepto «aumenta de una manera constante la intensidad de tu vida» llegará a confundirse con el de «aumenta de una manera constante la intensidad de tu placer».

Henos en este punto con la moral de la vida reducida en gran parte a la moral del placer, a la moral de que tanto ha abominado Guyau.

Vuelve a insistir nuestro filósofo en la distinción ya hecha por los epicúreos entre placeres sensitivos como el de comer, beber, etc., y los superiores ligados al fondo mismo de la actividad, como el de amar, de pensar, etc. Según Guyau, los hedonistas se habrían complacido demasiado en valorizar sólo los primeros cuando la verdad es que los segundos envuelven más vital importancia. ¿Hace con esto Guyau otra cosa que reconocer la existencia de placeres superiores para nosotros por su calidad, o sea, lo mismo que antes criticara donosamente a Stuart Mill?

Por otra parte nada dice Guyau de los casos en que se ejercita una actividad que produce placer, pero que no acrecienta la vida o sólo la acrecienta fugazmente. Habría que entrar en este punto en detenidas y bien pensadas distinciones.

Además, si «la moral fundada en hechos no puede constatar otra cosa sino que la vida tiende a mantenerse y a acrecentarse en todos los seres, primero inconscientemente y luego con el auxilio de la conciencia espontánea o reflexiva y les decimos a los hombres: «toma una actividad que acreciente tu vida con placer» no avanzamos en verdad mucho en el orden moral. No hacemos más que afirmar un hecho fisiológico, psicológico y ontológico que debemos dar por sabido, no hacemos más que indicar una norma de desenfrenado individualismo que deja

en pie el problema de las limitaciones inevitables de los impulsos dentro de la vida social.

• • •

La doctrina de la expansión hunde sus raíces para Guyau en la necesidad que tiene la vida de ser fecunda, de darse, de prodigarse, lo que es fuente de abnegación y moralidad. En la vida sexual la época de la generación es la de la generosidad. El joven posee todos los entusiasmos, se halla presto a todos los sacrificios, porque en efecto es preciso que sacrifique algo de sí, que se disminuya en cierta medida; vive demasiado para vivir solo para sí mismo. Al contrario, los ancianos, los enfermos y los niños son por lo general egoístas: en ellos se ha secado o no ha brotado aún la fuente de la fecundidad.

Tenemos también la fecundidad de la inteligencia y del sentimiento que impulsa a los pensadores y a los artistas a crear; la fecundidad de la sensibilidad que invita a verter sus emociones en los demás, la fecundidad de la voluntad que arrastra a prodigarse en la acción. «La vida, que es nutrición por una de sus faces, es por la otra producción, creación. Mientras más adquiere, más necesita gastar: tal es su ley. La inversión en favor de los demás no significa al fin de cuentas una pérdida para el individuo sino un engrandecimiento deseable, la satisfacción de una necesidad. El hombre quiere devenir un ser social y moral; siempre lo atormenta esta idea. Hay una cierta generosidad inseparable de la existencia y sin la cual uno se muere, se seca interiormente. Es menester florecer: la moralidad, el desinterés son las flores de la vida humana. La vida más rica es al mismo tiempo la más inclinada a prodigarse, a sacrificarse en cierta medida... De donde se sigue que el organismo más perfecto será también el más sociable y que el ideal de vida individual es la vida en común. De esta suerte se encuentra colocada en el fondo mismo del ser la fuente de todos estos instintos de simpatía y sociabilidad que la escuela inglesa nos ha mostrado demasiado a menudo como adquiridas más o menos artificialmente en el curso de la evolución, y en consecuencia, como más o menos adventicios. Estamos muy lejos de Bentham y de los utilitarios que tratan de evitar en todo el dolor, la pena (*peine*), viendo en esta el irreconciliable, enemigo: es como si uno no quisiera respirar muy fuerte por temor al esfuerzo. Se efectúa, creemos en el reino mismo de la vida individual una evolución correspondiente a la vida social y que la hace posible, que es su causa en vez de ser un resultado».

Como se ve en estos párrafos, Guyau que se muestra siempre muy fino y muy armado de lógica en la crítica, hace de la exposición de sus propias doctrinas sobre todo un acto de fe en la bondad de la naturaleza humana y en la expansión de la vida. Es un credo lírico, que, al tratar de explicarse buscando conexiones con otras ideas, suele caer en ampliaciones oscuras en lugar de aclararse.

Hace el ensayo Guyau de buscar en algunas actividades psíquicas fundamentales los que él llama «equivalentes del deber». Es una nueva forma de justificación de la expansión de la vida como *standard* moral.

Existe, dice primero, un cierto deber impersonal creado por el poder mismo de obrar. Sentir interiormente lo que uno es capaz de hacer de más grande es poseer la primera conciencia de lo que uno tiene el deber de hacer. El deber desde el punto de vista de los hechos y abstracción hecha de las nociones metafísicas consiste en una superabundancia de vida que quiere agitarse, darse. Se ha interpretado demasiado hasta ahora como el sentimiento de una *necesidad* o de una *coerción* es ante todo el de un *poder*, de una *potencia*. Desde este punto de vista, que no tiene nada de místico, la obligación moral se reduce a esta gran ley de la naturaleza: «la vida no puede mantenerse más que a condición de difundirse (de se répandre)».

Me parece que o se deriva de estas afirmaciones una moral para hombres excepcionales en el sentido noble, altruista, heroico, o, aplicada a la generalidad de los mortales, se tiene una moral que es la consagración de todos los impulsos individuales, sin distinción de buenos o malos.

¿Qué otra cosa significa que el deber consista ante todo en un poder, en una potencia? Por lo que se ha dicho sabemos que se trata de poder y potencia individuales sin más calificativos. Se niega que pueda consistir el deber en un sentimiento de necesidad o coerción. Es claro que no ha de provenir de necesidades o coerciones externas; pero creo que en gran parte el problema moral consiste en obtener que brote de la conciencia misma, como de una fuente espontánea, el sentimiento de las coerciones necesarias que impone la vida en ciertos casos. Es decir, la coerción ha de ser una manifestación de la voluntad misma del individuo.

El segundo equivalente del deber que propone Guyau se encuentra sujeto a análogos reparos. Existe, dice, un cierto deber impersonal creado por la concepción misma de la acción. Así como la potencia de la actividad crea una especie de obligación natural o de impulsión imperativa, igualmente la inteligencia posee por sí misma un poder motor. ¿No significaría esto, pregunto, presentando así la consagración de la impulsividad? Pero Guyau agrega que «no obrar según lo que uno cree lo mejor es parecerse a alguien que no pudiera reírse cuando estuviera alegre ni llorar cuando estuviera triste, que no pudiera expresar nada de lo que experimenta». Expuesto así el problema hay que convenir en que la fórmula de «obrar según lo que uno cree lo mejor» es inatacable. De esa suerte ya no se trata de una mera impulsividad sino del proceso de la conciencia en todo su desarrollo, que después de sopesar las alternativas que se le ofrecen opta por lo que cree mejor. En esta forma la conciencia constituye tribunal supremo e inapelable.

Como tercer equivalente del deber presenta nuestro filósofo la siguiente proposición: Existe un cierto deber impersonal creado por la fusión creciente de las sensibilidades y por el carácter más sociable de los placeres elevados.

¿Contiene algo más este equivalente que el reconocimiento de la actividad moral que resulta del sentimiento de la solidaridad social?

Así la moral «sin obligación» de Guyau ha reconocido ya la autoridad moral de la conciencia y la solaridad social como fuente de moralidad.

Juntando lo que acaba de decir con lo que ha expuesto antes en más de una ocasión, repite Guyau: «Una moral positiva y científica no puede señalar al individuo más que esta norma: Desarrolla tu vida, en todas las direcciones, sé un individuo tan rico como sea posible en energía intensiva y extensiva; para eso sé el ser más social y más sociable».

Ya hemos formulado algunas observaciones respecto de la primera parte de la norma. ¿Queda ahora probado con sólo decirlo que la segunda parte pueda derivarse de la primera? ¿Se entenderá por sí solo que por el hecho de ser el individuo rico en energía intensiva ha de ser al mismo tiempo la persona más social y más sociable? No es esta de ninguna manera una consecuencia necesaria. Por otra parte, señalar el ser social y sociable como limitación a la energía intensiva y extensiva resulta una condición acertada.

Pero Guyau, contradiciéndose no poco con lo que no se ha cansado de sostener, parece hacer suya la doctrina del hedonismo y encuentra que la razón no puede obligar a hacer los sacrificios que la moral social exige. «Ateniéndose, dice, al hedonismo uno no puede ser obligado a desinteresarse de sí. El hedonismo en su principio fundamental de la conservación obstinada del yo es irrefutable desde el punto de vista de los hechos. Sólo una hipótesis metafísica puede tentar el hacer franquear a la voluntad el paso del yo al no-yo».

¿No encontramos en estas líneas al agudo crítico de Bentham y Stuart Mill comulgando en los altares del utilitarismo?

Guyau se lanza en seguida a buscarle a esta dificultad una solución y a esto tiende el cuarto equivalente del deber que propone. Lo saca del placer del riesgo y de la lucha.

Recordemos desde luego que Guyau al rechazar las doctrinas utilitarias, ha considerado inadecuadas la educación, la simpatía, el trato social y la evolución para efectuar el tránsito del interés y el egoísmo al desinterés y al altruismo. Y ahora se nos presenta ofreciéndonos como puente para el mismo tránsito el placer del riesgo y de la lucha. No podemos creer que sea un puente más sólido y aceptable.

Por otra parte, la tesis de nuestro filósofo nos parece una vuelta muy dilatada que no resuelve el problema. Dejemos a un lado que en toda grande empresa hay riesgo y que este riesgo es hermoso y tentador; mas al mismo tiempo es menester no olvidar que en este caso lo primero ha sido el amor a la empresa grande: el riesgo ha venido por añadidura. Fuera de esto hay muchos riesgos inútiles; la idea de riesgo sólo es una amenaza para la vida en lugar de favorecer su expansión. Hay tantas clases de riesgos: el de los jugadores, el de los especuladores de la bolsa, el de los aficionados a la mujer ajena, el de los piratas, el de los salteadores de camino, etc., etc. Queda siempre en pie el pro-

blema de señalar cuáles son los riesgos que deben buscarse, o sea, que no encontraremos en el riesgo y lucha por sí solos la medida de los valores morales.

Volviendo a ser lo que es siempre en el fondo Guyau, un hombre de fe y henchido de generosidad dice que «el peligro afrontado por sí o por otro, intrepidez o obnegación, no entraña una pura negación del yo y de la vida personal: es esta vida misma llevada hasta lo sublime... La moral social se reducirá al arte de emplear ventajosamente para el bien de todos esta necesidad de arriesgarse que experimenta toda vida individual un poco poderosa». Y más adelante hablando del sentimiento moral agrega: «podemos compararlo a un gran amor que extingue todas las demás pasiones; sin este amor la vida nos es intolerable e imposible: por otra parte sabemos que no será correspondido, que no puede serlo. Compadecemos de ordinario a los que en su corazón llevan tales amores, amores sin esperanzas, que nada puede satisfacer: y sin embargo todos nosotros mantenemos uno tan poderoso por nuestro ideal moral. Este amor parecerá siempre sin valor desde el punto de vista utilitario, puesto que no debe contar con determinadas satisfacciones y recompensas: pero desde un punto de vista más elevado estas satisfacciones y estas pretendidas recompensas pueden parecernos mera vanidad».

Confirmando lo anterior añade: «la vida moral se desarrolla a tal punto en el medio social que un individuo muerto, por decirlo así, en su vida moral queda más completamente aniquilado que si hubiera muerto en realidad: es un tronco que ha perdido toda su fuerza y verdura, un verdadero cadáver».

Reconozcamos que en este trozo se habla de una vida moral que está muy lejos de no tener sanción. Así la moral de Guyau no es propiamente una moral sin obligación ni sanción como él la llama.

Pero es claro que si la conciencia individual permanece cerrada a los conceptos y sentimientos de la moral social es inabordable desde un punto de vista científico y positivo. No se puede pedir ningún sacrificio a un individuo que carece de fe. Pero ni aún de este sujeto se podría decir que practica una moral sin obligación ni sanción. Lo que hay es que no tiene ninguna moral, es amoral.

* * *

Por último entra Guyau en el libro tercero de su obra a estudiar la idea de sanción. Para él la sanción como parte necesariamente correlativa de la ley moral es algo infundado e incongruente.

Una ley puede ir acompañada de sanción para que no sea infringida, esto es para que no carezca de valor desde un punto de vista social. He aquí lo único racional. Toda justicia propiamente penal es injusta. La pena se justifica sólo por su eficacia desde el punto de vista de la defensa social, en lo que nuestro filósofo se halla de acuerdo con los más modernos tratadistas de derecho penal. Pero ah! «caridad para todos los hombres, dice Guyau, cualquiera que

sea su valor moral, intelectual o físico, debe ser el último fin, el fin perseguido aún por la misma opinión pública.

Crítica Guyau la sanción interior o remordimiento porque la alegría de proceder bien y el pesar de proceder mal no los sentiríamos jamás en nosotros proporcionados al triunfo de un bien o de un mal moral absolutos. El remordimiento depende de la sensibilidad de las personas y las más perfectas y escrupulosas se hallarían expuestas a torturas interiores que jamás experimentan las almas espesas y ordinarias.

Debemos decir que esto es seguramente muy exacto; pero también que esa sensibilidad constituye una de las condiciones de la delicadeza y de la elevación morales.

Al llegar a la sanción religiosa se me ocurre que Guyau toma demasiado en serio ciertas creencias populares; pero no cabe negar que se ocupa de ellas con ingenio. Hablando de que Dios no debe imponer penas (se refiere a las del infierno) dice: «es menester que el padre celeste tenga por lo menos esta superioridad sobre los padres de acá abajo, la de no azotar a sus hijos. Además, como él es, hipotéticamente, la soberana inteligencia, no podemos creer que haga nada sin razón. ¿Y por qué razón haría sufrir a un culpable? Dios se halla por encima de todo ultraje y no necesita defenderse, no necesita herir a nadie. O Dios, esta ley viva, es la omnipotencia y entonces no podemos verdaderamente ofenderlo, pero tampoco debe él castigar, o podemos realmente ofenderlo, y en este caso tendríamos algún poder sobre él, y no sería la omnipotencia, lo absoluto, no sería Dios.

Si Dios hubiese creado voluntades de una naturaleza bastante perversa para serle indefinidamente contrarias, quedaría al frente de ellas reducido a la impotencia; no tendría más que compadecerlas y compadecerse al mismo tiempo de haberlas creado. Su deber no estaría en hacerlas padecer sino en aliviar en lo posible su desgracia, mostrándose para con ellas tanto más dulce y mejor mientras peores fuesen ellas. Los condenados si fueran realmente incurables tendrían más necesidad de las delicias del cielo que los elegidos mismos... Desde cualquier punto de vista que se le mire, el dogma del infierno aparece como contrario a la verdad.

Termina Guyau el capítulo hablando de una sanción de amor y de fraternidad, que, conforme a las ideas de Alfredo Fouillé, vendría a establecer una relación entre el mérito y la felicidad.

La buena voluntad y el amor hacia los demás hombres provocaría reflejamente el amor de todos hacia los corazones bien inspirados. La idea de sanción vendría a refundirse en la idea más moral de cooperación. El que hace el bien universal trabaja en una obra tan grande que tiene idealmente derecho al concurso de todos los seres, miembros del mismo todo, desde la primera monera hasta el organismo más elevado.

Pero esto no significa, termina Guyau: «que en la virtud vaya envuelta la felicidad; que elegir entre ella y el placer sea decidirse entre dos goces, el uno superior el otro inferior. Los estoicos y aún Epicuro lo creían así y tal era tam-

bién la manera de pensar de Stuart Mill. Esta hipótesis puede verificarse sin duda en un pequeño número de almas elevadas, pero su completa realización no es verdaderamente de este mundo; la virtud no es por sí misma una perfecta recompensa sensible, una plena compensación.

¿Qué ha probado Guyau a lo más en esta parte de su obra? Que hay sanciones injustas, que las sanciones carecen de una regularidad matemática o de una equidad perfecta en relación con el hecho que las motiva.

Pero ¿habrá probado que es dado concebir una moral sin sanción? De ninguna manera. Para dejar establecida esta afirmación habría sido menester probar que un hombre para el cual no pudieran nada las sanciones sociales ni religiosas ni nada le dijera su conciencia sería moral. ¿Cómo probarlo? Un ser de esa naturaleza, curado de la debilidad del remordimiento, permanecerá impasible ante las consecuencias de sus actos. Será un ser que se tendrá a sí mismo virtualmente por infalible, será un monstruo de presunción, un super-hombre que estará más allá del bien y del mal. No es concebible, pues una moral sin sanción, por lo menos sin la sanción de la conciencia.

En resumen:

Hemos visto ya que Guyau es muy fino y agudo en la crítica que hace de todos los sistemas de moral; pero no logra cimentar sólidamente ni desarrollar el suyo propio.

Su obra «Ensayo de una moral sin obligación ni sanción» es seductor desde el título y hiere la imaginación por la novedad que promete. Atrae por su elocuencia, por la abnegación que palpita en ella y por sus rebeldías; pero no funda nada sólido.

Nos parece que, haciendo un pequeño cambio de palabras en los títulos de sus obras y un cambio también en los conceptos orientadores, habría sido más conforme a la realidad que Guyau hubiera escrito una «Moral desde el punto de vista sociológico» y que lo de la falta de obligación y de sanción lo hubiera dejado para el arte dando a su obra capital de estética el título de «Ensayo de un arte sin obligación ni sanción». Pero Guyau desconoce o no ha querido dar importancia al aspecto sociológico de la moral, desconoce en cuanto a fuerza real básica, lo que Höffding llama moralidad positiva y las sanciones que de ella se desprenden. No se contenta con una moral científica, tal como la entiende el filósofo recién nombrado, sino que la quiere absolutamente autónoma, lo que equivale a prescindir de toda la vida pasada de la humanidad. De aquí la debilidad de su obra y la mayor madurez y consistencia que recomienda la del filósofo danés. «La moral científica, dice Höffding, no pretende sustituirse a la moralidad positiva y no lo podría tampoco. No pretende más que apuntarla, desarrollarla y completarla. En la moral científica tratamos solamente de comprendernos a nosotros mismos, de ver claramente según que principios conducimos nuestra vida, de poner estos principios en plena luz y en una armonía más íntima entre ellos. En la vida del espíritu humano se produce una acción recíproca incesante entre lo consciente y lo inconsciente, como por lo demás entre el conocimiento, el sentimiento y la voluntad». La moralidad positiva viene a ser

lo inconsciente de la moral y la moral científica lo consciente que sobreviene después.

«La moral científica, dice después, no es nunca más que el perfeccionamiento sistemático de un punto de vista históricamente dado y no puede construir ideales y normas sino para ciertas condiciones determinadas de la vida; ella es a su modo, como la moralidad positiva, un medio en la lucha por la vida; medio para conseguir un grado de vida adquirido, y medio de adquirir un grado nuevo de vida, que merezca ser llamado superior. Su carácter científico depende de la claridad con que establece su base y su criterio y del vigor con que persigue sus principios hasta en sus detalles».

Conforme a estas ideas está muy bien que no haya obligaciones ni sanciones de origen sobrenatural, religioso o trascendental; que no podamos aceptar un deber de base metafísica o mística ni un imperativo categórico; pero eliminadas estas concepciones, debe haber obligaciones y sanciones de carácter social y derivadas de la conciencia.

Sin obligaciones ni sanciones no puede haber moral. Reducir la moral al principio. «Busca la expansión e intensidad de la vida» es algo incompleto. Parece que quedara vibrando como pendiente en el aire la completación que espera ser agregada para decir «Busca la expansión e intensidad de la vida dentro de cierta moral».

¿Qué individuo o grupo social no busca la expansión e intensidad de su vida a su manera? ¿No han nacido los preceptos morales de la necesidad social de poner coto a la expansión o intensidad de la vida de ciertos individuos? ¿Se debe entender explícitamente comprendido en la expansión de la vida el altruismo que Guyau preconiza con toda su alma? Nos parece que no.

Después de todo lo dicho por Guyau queda por establecer a qué clase de vida se ha de dar expansión e intensidad. Las predilecciones de Guyau son muy claras. Están por una vida generosa, altruista, abnegada y de amor desinteresado; pero estas son especificaciones que no se desprenden por sí solas del axioma que señala.

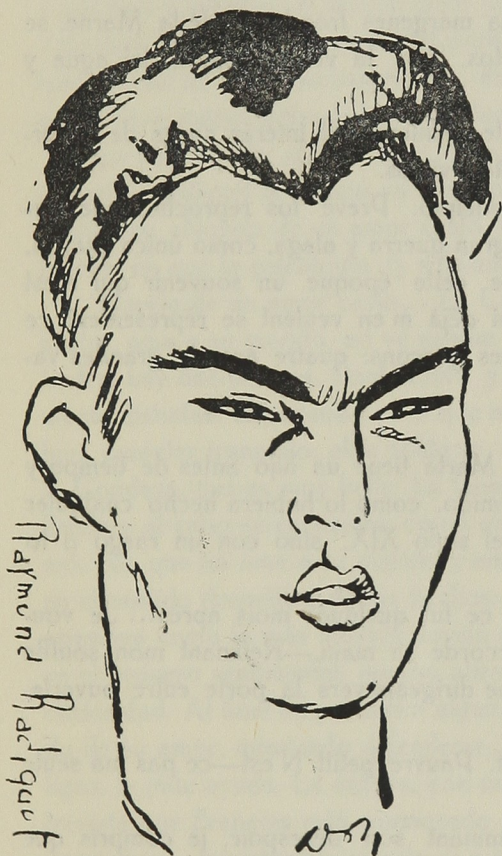
La expansión e intensidad de la vida es a lo más un punto de partida.

Es una fórmula cuyo desarrollo no puede quedar al capricho individual. Aunque en el orden moral no existe sobre la tierra una autoridad absoluta que pueda señalar a cada cual su deber de una manera cierta e inapelable, la moral positiva, la moral de cada sociedad y de cada tiempo, cumplen en todo caso esta misión más o menos bien. Aunque la moral se torne flotante y relativa desde el momento en que se la quiere hacer descansar sobre bases trascendentales y absolutas, aunque el mundo ético se nos presente así tan relativista como el mundo físico, sin embargo en todo momento el hombre tiene algún claro deber que cumplir indicado por la moral positiva, indicado por su conciencia. Aún más. En las tribunas de la vida, en las horas de desengaño, cuando hieran su corazón las ingratitudes e injusticias de los hombres, cuando le parezca que todo se oscurece o se hunde a su alrededor, la idea de su deber, el sentimiento de su deber serán su única áncora de salvación. El cumplimiento del deber lo

librará de caer bajo sus propias debilidades y egoísmos, lo librará de sucumbir ante las iniquidades de los demás, porque entonará su vida espiritual. Y si alguien siente, después de examen maduro, claro y sereno, que hay normas mejores que las señaladas y acatadas por la moralidad ambiente, su deber será luchar por esa norma mejor, idea nueva, concepción nueva, que entra a constituir un imperativo de su alma creadora.

ENRIQUE MOLINA.

Un prodigio literario



N todos los números de las últimas revistas francesas vienen artículos sobre Raymond Radiguet, el niño prodigio, émulo de Rimbaud en prosa, autor de dos obras maestras, muerto en Diciembre de 1923, antes de cumplir los veintíun años.

Edmond Jaloux, Henri Massis, François Mauriac, Jean Cocteau, escritores de las más diversas edades y tendencias concuerdan en darle el epíteto de clásico y se maravillan de su lucidez, de su sobriedad, de su fuerza dura y penetrante.

¿Quién era?

«Tenía 15 años—dice Cocteau, su amigo y admirador—y se atribuía 18; lo que confunde a los biógrafos. Era miope, casi ciego. No se cortaba nunca el cabello. Abría rara vez la boca. La primera vez que me visitó, enviado por Max Jacob, me dijeron:

«—Lo busca un niño con bastón.

«Habitaba el parque de Saint Maur, al borde de la Marne, y lo llamábamos el milagro de la Marne. Rara vez volvía a su casa y dormía en cualquier parte, en el suelo, en una mesa, en casa de los pintores de Montparnasse o Montmartre. A veces sacaba del bolsillo un pedazo de papel arrugado y sucio. Lo desenvolvía con cuidado y leíamos un poema fresco como una concha marina, como un racimo de grosellas.

«*Le Diable Au Corps*», su primera novela, refleja un poco ese ambiente. Un

muchacho de 16^{os} años, que cumplió doce al empezar la guerra, cuenta sus amores con una joven de 19, recién casada, cuyo marido parte a las trincheras a los quince días de matrimonio. Son amores enteramente libres, de un paganismo fresco, evocador del idilio de Longus. Se aman, se entregan, se poseen y no hay otros conflictos que los muy menudos de las entrevistas cada vez menos furtivas. La primera vez que él deja su casa para alojar en la de ella, inventa una excursión de madrugada con un amigo y la madre le prepara un cesto de provisiones que lo pone en duros aprietos. Después las relaciones siguen con la tolerancia familiar. Una mañana sale él de casa de su Julieta, descalzo, con los zapatos en la mano y encuentra al lechero que llega: «Il tenait ses boites de lait a la main; je tenais, moi, mes souliers. Il me souhaita le bonjour avec un sourire terrible. Marthe était perdue. Il allait le raconter...» Lo cuenta, mas no por eso Marta se considera perdida. Salen a excursionar juntos por las orillas del río, se embarcan y bogan en paz entre las márgenes frondosas de la Marne, se dejan mecer sin temores, sin remordimientos, por la voluptuosidad del agua y del amor.

Todos los incidentes son de este porte, mínimos; el interés surge de la forma lapidaria y de la agudeza con que están vistos.

Sólo hay un pequeño escrúpulo al principio. Prevé los reproches que merecerá su actitud poco heroica durante la gran guerra y alega, como única excusa, su edad: «Et mes camarades garderont de cette époque un souvenir qui n'est pas celui de leurs aînés. Que ceux qui déjà m'en veulent se représentent ce que fut la guerre pour tant de très jeunes garçons: quatre ans de grandes vacances».

¡Bonitas vacaciones!

La guerra termina, el marido vuelve, Marta tiene un hijo antes de tiempo y muere. Y la obra concluye, no con un gemido, como lo hubiera hecho cualquier adolescente o cualquier hombre maduro del siglo XIX, sino con un rasgo a lo Voltaire, puro siglo XVIII:

«La seule fois que j'aperçus Jacques ce fut quelques mois après... Je voulus voir l'homme auquel Marthe avait accordé sa main.—Retenant mon souffle et marchant sur la pointe des pieds, je me dirigeais vers la porte entre ouverte. J'arrivais juste pour entendre:

«—Ma femme est morte en l'appelant. Pauvre petit! N'est—ce pas ma seule raison de vivre?

«En voyant ce veuf si digne et dominant son désespoir, je compris que l'ordre, à la longue, se met de lui—même autour des choses. Ne venais—je pas d'apprendre que Marthe était morte en m'appelant (el niño recibió el nombre del amante, su padre verdadero) et que mon fils aurait une existence raisonnable?»

Respondiendo a las críticas que se hicieron del libro, Cocteau afirma que Raymond Radiguet no tenía el corazón seco, sino duro, de diamante, y que para reaccionar necesitaba el contacto del fuego o de otros diamantes. Desdeñaba el

resto. En realidad, la moral, el cristianismo, los escrúpulos sociales pasaron por su espíritu, en ese libro, «como sobre el cristal la sombra pasa».

Y júzguesele desde uno u otro punto de vista, creemos que éste constituye el primer prodigio de su temperamento. Una amoralidad serena y total, un cinismo que llega a parecer inocente, la falta absoluta de todo tormento de conciencia. Lejos la magnífica melancolía de René, la apasionada inquietud de Roland todo el infinito romántico. La realidad precisa envuelta, como el músculo en la piel, en una frase desnuda y flexible.

El autor se defendió, en una nota suelta, del cargo de haberse confesado, otra manía de 1830: «On a voulu voir en mon livre des confessions. Quelle erreur! Les « prêtres connaissent bien ce mécanisme de l'ame, observé chez les jeunes garçons « et chez les femmes, de fausses confessions, celles où l'on se charge de méfaits non « commis, par orgueil. C'est à la fois pour donner au Diable le relief d'un roman « que tout y est faux, et ensuite pour peindre la psychologie du jeune garçon, héros « du livre. Cette fanfaronnade fait partie de son caractère». Nos cuesta creerlo. De todas maneras, un conocimiento tan exacto, tan próximo, equivale a la acción. Y acaso tiene mayor gravedad por la clarividencia.

La otra novela *«Le bal du Comte d'Orgel»* queda, moralmente, en el extremo opuesto. Radiguet la definió en dos frases profundas que bastarían explicar para analizarla: «Novela de un amor casto, tan escabrosa como la novela menos casta... Novela en que la psicología (y solamente la psicología, añadiríamos) es novelesca».

Novela de un amor casto... La Condesa de Orgel, perteneciente a una familia ilustre, ama a su marido, no ve ningún otro hombre sobre la tierra. Entre sus visitantes, hay dos jóvenes, Paul Robin y François de Sérèuse, naturalezas profundamente distintas. El segundo es el que nos interesa. Es un excelente muchacho, buen hijo, carácter tranquilo, algo solitario. Lentamente, sin advertirlo casi, se enamora de la Condesa, que es muy bella. La Condesa, absorta en su amor conyugal, no se defiende y al cabo se encuentra, como quien abre de pronto los ojos junto a un abismo, con que no ama a su marido y ama a François de Sérèuse. No sucede nada, en el sentido dramático de los hechos; todo pasa adentro. Y sin embargo, el relato apasiona como la más movida novela de aventuras y no hay una página que no avance el proceso sentimental, que no abra una nueva perspectiva y mantenga tirante la curiosidad. Al final se producen algunos incidentes de intriga. La Condesa, espantada de su amor, queriendo defenderse, acude a la madre del joven, le confiesa el peligro, le pide ayuda. La señora, con una torpeza de mujer buena, le dice en una entrevista que François está enamorado de ella. Y por el rostro de la mujer impecable pasa divina, incontenible alegría. ¡La ama! Es un relámpago. Pero el resplandor le cegará los ojos. La señora, desconcertada, vuelve a su casa, encuentra a su hijo, le da la carta de la Condesa. Y así se produce la declaración íntima que ninguno se atrevía a formular. Durante un baile en casa de los Condes de Orgel, la Condesa se desmaya de impresión ante François, a quien sabe poseedor de su secreto, y como último recurso, semejante a la Princesa de Clèves, se lo cuenta todo al Conde. El Conde no entiende nada. Quiere mucho a François. Rehusa darle importancia a la cosa. Es un hombre de mundo, de gran mundo, y esos asuntos lo fastidian. En rea-

lidad, no quiere a su mujer. Ella lo comprende y la última barrera de su virtud cae. Es el final. No ha pasado nada y ha sucedido todo...

* * *

Examinando la situación de Raymond Radiguet en la Historia, se ha discutido si pertenece a nuestra época y si revela influencia de Marcel Proust.

Las dos conclusiones a que llegan M. Bernard Fay y M. Edmond Jaloux nos parecen equivocadas.

Sostiene el primero que Radiguet no tiene nada que hacer con nuestra época ni con ninguna otra, que es uno de esos hombres felizmente dotados a quienes no alcanza la influencia del ambiente. Su «Bal du Comte d'Orgel» sería un anillo más de la cadena que empieza en La Princesa de Clèves, obra maestra aparte, un tanto milagrosa.

El segundo afirma que Proust no puede reivindicar la paternidad del joven novelista, cuyo análisis se mueve siempre en esas regiones moderadas que baña la claridad de la conciencia, mientras el caminante de Swan investiga más lejos, tierras misteriosas.

Raymond Radiguet no pertenece al siglo XIX. Es evidente. Jamás describe la naturaleza, ignora el paisaje, apenas esboza la figura física de sus héroes; su prosa nítida, de frase corta, incisiva, sagaz, recuerda mejor a los escritores del siglo XVIII y lo emparenta con Voltaire. Tiene el sarcasmo más envuelto y como encarnado en el relato mismo; exteriormente, se le parece mucho. Pero en la sutileza de las imágenes y en lo inesperado de algunas asociaciones de ideas se siente al escritor que pasó por el simbolismo y el modernismo, logrando salir claro de esas turbias aguas. La misma evolución de Duhamel, Romain y tantos contemporáneos exquisitos.

El procedimiento psicológico, el nervio, la síntesis, lo vital de su arte, nos parecen proceder directamente de Marcel Proust. Es un Marcel Proust más concentrado, más sencillo; pero con la misma formidable penetración y ese arte de los detalles esenciales, vastamente interpretados, que hacen tan extraño y tan seductor al analista del Tiempo Perdido.

Por más que él y sus amigos se empeñen en negarlo, fué un niño prodigio, una especie de fenómeno, casi un monstruo. ¿Es el primero, en realidad, que nos revela el modo de sentir y de pensar de la adolescencia? Estaríamos por negarlo. No encontramos en Radiguet nada de lo que caracteriza esa edad dolorosa. Sería necesario reformar por completo el concepto que tenemos de semejante período, no sólo de acuerdo con las lecturas, sino con nuestros propios recuerdos, para admitir que ésa sea la verdadera adolescencia. Tanta firmeza, tanta claridad, ese mirar tranquilo y desnudo, sobre todo, esa medida inflexible y apretada no se encuentran en la juventud normal. Radiguet no fué joven, no tuvo quince ni veinte años: tuvo cuarenta, cincuenta, ciento. Lo sabía todo, porque sabía lo más difícil, que es el corazón humano. Y lo sabía minuciosamente, en sus repliegues recónditos, en sus pequeños e imperceptibles impulsos. Y lo decía sin aire de descubrir, como el cirujano que da su enseñanza abriendo un cadáver.

En este sentido y considerando su edad real lo creemos fuera del tiempo y hasta del espacio: literaria, artística, psicológicamente, nos parece un hijo de Proust y no nos causaría asombro si, más tarde, se dijera que había sido una simple mistificación, que *Le Bal du Comte d'Orgel*, (no *Le Diable Au Corps*), se había encontrado en realidad entre los papeles póstumos del autor de *Le Côté de Guermantes*.

De todas maneras, entre las novelas francesas últimas, estas dos se levantan con sello inconfundible.

* * *

Antes de leer los dos volúmenes de Radiguet, me impuse con detenimiento de cuatro o cinco críticas que los analizaban minuciosamente. Después de leerlos, advertí que esas críticas, aunque de notables autores, no me habían dado la menor idea de Radiguet. Parecía que se refirieran a otro. ¡Temí que con mis impresiones suceda lo mismo! Y quiero añadir, a los párrafos ya citados, que dejo en francés para no deformarlos, algunos trozos vertidos al castellano. Al hacerlo, observo que no cuesta mucho con la primera novela; con la segunda resulta casi imposible. Está sembrada de rasgos interesantísimos, pero no se podrían desprender sin que perdieran todo mérito. El relato es de una pieza. Por lo demás, la única manera de conocer una obra ha sido, es y será leerla entera. Los estudios más sinceros y mejor intencionados, las más fieles descripciones, sólo pueden tomarse como una indicación muy vaga, un consejo para leer o no leer.

DE «LE DIABLE DU CORPS».

El 14 de Julio de 1914, yendo a juntarme con mis hermanos, me sorprendió una muchedumbre agrupada junto a la reja de los Maréchaud. Algunos tilos ocultaban mal la villa, al fondo del jardín. Desde hacía dos horas, una sirvienta se había vuelto loca y, refugiada en el techo, rehusaba descender. Los Maréchaud, espantados por el escándalo, habían cerrado las ventanas, y la tragedia de la loca sobre la techumbre parecía más terrible en aquella casa abandonada. Algunos gritaban, indignados de que los dueños nada hicieran por salvar a la infeliz. Ella vacilaba al andar entre las tejas, sin presentar por otra parte el aspecto de una borracha. Yo hubiera querido permanecer ahí, pero la criada de casa nos llevó. Partí con la muerte en el corazón, rogando a Dios que la mujer estuviera aun sobre el techo cuando volviéramos a buscar a mi padre.

Estaba, en efecto. La concurrencia había disminuído mucho. Por lo demás, para la loca, se trataba sólo de un ensayo más o menos público. Debía estrenarse en la noche, según la costumbre, entre las girándolas luminosas que le formarían escenario. Se encendieron las de la avenida y las del jardín, porque los Maréchaud, a pesar de su fingida ausencia, no se atrevieron a prescindir de la luminarias que les correspondían como personajes notables. Al aspecto fantástico de esa casa del crimen, sobre cuyo techo se paseaba, como sobre el puente de un navío empa-

vesado, una mujer de cabellos sueltos, contribuía mucho la voz de esa mujer: inhumana, gutural, de una dulzura espeluznante.

Los bomberos de la pequeña comuna, en calidad de «voluntarios», se ocupan durante el día en cualquier cosa menos en las bombas. El lechero, el pastelero, el carpintero llegan a extinguir el incendio, una vez terminado su trabajo, si acaso el incendio no se ha apagado solo. Desde la movilización, los bomberos formaron, además, una especie de milicia misteriosa, que maniobraba en patrullas nocturnas. Estos valientes llegaron al fin y atravesaron la multitud.

Una mujer avanzó. Era la esposa de un municipal adverso a Maréchaud y que desde hacía rato compadecía ruidosamente a la loca. Dirigió recomendaciones al Capitán: Trate de cogerla con dulzura: le hace tanta falta, a la pobre, en esa casa en que la maltratan. Sobre todo, si se teme que la despidan, dígame que yo la tomaré y que le doblaré el sueldo.

Esta caridad ostentosa produjo mediocre efecto en el auditorio. La dama estorbaba. No pensaba sino en la captura. Seis bomberos escalaron la reja, sitiaron la casa, treparon por todos lados. Pero no bien uno de ellos apareció arriba, la muchedumbre, como los niños en el Guignol, se lanzó a vociferar, a avisar a la víctima.

—¡Cállense!—gritaba la señora.

Alarmada por las voces, la loca se armó de tejas y lanzó una al casco de un bombero. Los demás bajaron apresuradamente.

Mientras los circos se lamentaban de su poca clientela en esa noche de celebraciones patrióticas, los pilletes escalaban los muros y los árboles para seguir la emocionante caza. La loca decía cosas que he olvidado, con esa profunda melancolía resignada que da la certidumbre de tener la razón, de que todo el mundo está equivocado. Los niños, que preferían ese espectáculo a toda diversión, querían sin embargo combinar sus placeres y corrían a dar una vuelta de carroussel, temblando de que cogieran a la loca en su ausencia.

Se comprende la angustia de los Maréchaud encerrados en medio de esa bulla y esas luces.

El municipal esposo de la dama caritativa, trepado en la reja, improvisaba un discurso sobre la cobardía de los propietarios, en medio de aplausos y risas.

Creyendo que la aplaudían a ella, la loca saludaba, con una teja en cada mano, lista para arrojarla a la cabeza de los bomberos. Con su voz inhumana, agradecía que al fin la hubieran comprendido. Yo pensaba en alguna amazona de corsarios, que hubiera quedado sola en un navío naufrago.

...Prolongando excesivamente, el espectáculo acabó por fatigar a la concurrencia.

De pronto, sonaron clarines, cien antorchas iluminaron a la loca y ella, agitando los brazos en signo de adiós, convencida de que había llegado el fin del mundo, o simplemente, de que ya la cogían, se lanzó del techo, quebró los cristales de la marquesina y con un estrépito espantoso cayó sobre las piedras de la escalera. Cuando oí decir: «Vive aun», me desmayé en brazos de mi padre.

* * *

...Muchas veces nos tomaron por hermano y hermana. Y es que existen en nosotros gérmenes de semejanza que el amor desarrolla. Un gesto, una inflexión de la voz, tarde o temprano traicionan a los amantes más cautelosos.

Es preciso admitir que si el corazón tiene sus razones que la razón ignora, se debe a que ésta es menos razonable que nuestro corazón. Sin duda, somos todos Narcisos que amamos y aborrecemos nuestra imagen, pero a quienes toda otra imagen resulta indiferente. El instinto de semejanza nos lleva por la vida y nos hace gritar ¡alto! en presencia de un paisaje, de una mujer, de un poema. Podemos admirar otros sin sentir ese choque. El instinto de semejanza es la única línea de conducta que no sea artificial.

* * *

En resumen, estaba contento de haber trabado conocimiento, por algunos instantes, con el dolor. Por lo menos, así lo creía. Pero nada se parece menos a las cosas mismas que lo que está muy cerca de ellas. El hombre que casi ha muerto cree conocer la muerte. Cuando ella se presenta al fin, no la reconoce.

—¡No es ella!—dice. Y muere.

* * *

Los verdaderos presentimientos se forman en profundidades que nuestro espíritu no alcanza. Así a veces nos hacen realizar actos que interpretamos al revés.... El hombre desordenado que va a morir y no lo sospecha, lo ordena todo en su alrededor. Su vida cambia. Arregla sus papeles. Se levanta temprano, se acuesta a sus horas. Renuncia a los vicios. Sus amigos lo felicitan. Así su muerte brutal parece más injusta. *Iba a vivir dichoso*. (El caso exacto del autor, según Rocteau).

DEL BAILE DEL CONDE DE ORGEL

En París, Mirza (príncipe persa de moda) aparecía frívolo. Se le atribuía el sentido del placer. La razón era simple: si un sitio era melancólico, Mirza se apartaba de su camino. Cazador infatigable, no se obstinaba jamás; y su encarnizamiento en la persecución del placer, de la dicha, probaban sin vuelta que no los poseía.

* * *

François de Sérýeuse sentía el cansancio modelarle el rostro. Hester (una norte-americana escultora galante) fruncía los ojos como los artistas:

—Ud. tiene mucho más carácter así. Esculpiré su busto cuando esté fatigado.

¿Pensaba entonces hacer sus sesiones de «pose» después de otras sesiones? François de Sérýeuse interpretó inocentemente la frase ni un segundo se le ocurrió que Mrs. Wayne dispusiera, para fatigarlo, de otros medios que su conversación. Olvidaba que la norte-americana era mujer y muy hermosa.

* * *

Mahaut sacó el espejo que consultaba, no por coquetería, sino como un reloj, para saber si era hora de partir. Sin duda decifró una hora tardía en su rostro, porque se levantó....

* * *

Verdaderamente sorprendido, el Conde de Orgel se callaba; porque no tenía talento sino para expresar lo que no sentía. Pasada esa sorpresa, la fingió.

* * *

Mme. d'Orgel no se alarmaba de esas largas visitas mudas. Se decía:—Junto a él no siento nada.—¿No es la perfecta definición de la dicha? La felicidad, como la salud, no se advierten.

* * *

—Tengo que hablar con *M. d'Orgel*.

Paul Robin cultivaba ese pudor absurdo, esencialmente moderno, que consiste en no querer parecer engañado por ciertas palabras serias y ciertas fórmulas de respeto. Para no asumir su responsabilidad, las pronuncian como entre comillas.

Así Paul no usaba nunca un lugar común sin precederlo de una pequeña risa o de una aspiración. Quería probar con eso que no era crédulo.

No ser engañado era la enfermedad de Paul Robin. Es la enfermedad del siglo. Puede conducir a veces hasta engañar a los otros.

Todo órgano se atrofia o desarrolla en razón de su actividad. A fuerza de desconfiar del corazón, casi no lo poseía. Creía endurecerse y abroquelarse y se destruía. Completamente equivocado, este suicidio lento era lo que más le gustaba en él. Creía que así viviría mejor. Pero nadie ha encontrado sino un medio de impedir los latidos del corazón: es la muerte.

* * *

La internacional está firmada hace tiempo, mas no donde se cree. Eran pri-

mos de París, de Francia, los que recibían. ¿Por qué los señores participarían en una querella de criados? Los Orgel de Austria juzgaban así la guerra.

* * *

A la distancia cuesta reconocer a las personas, porque son más sinceras. La separación crea barreras materiales; pero suprime otra más importantes. Por carta, los amantes se dicen a veces lo que jamás se hubieran confesado de palabra, lo que ni ellos mismos talvez sospechaban o querían decir. Mme. d'Orgel no se vigilaba en sus cartas, Lo creía innecesario..... Y ellas hacían feliz al joven.

ALONE.

Contribución al estudio de las causas de depreciación y oscilación del valor de la moneda en Chile.

I.—EL BALANCE DE PAGOS ENTRE DOS PAÍSES CON MONEDA DE ORO

En las líneas siguientes denominaremos:

- A). Suma de todos los pagos y salidas de dinero al exterior.
- B). Suma de todos los pagos y entradas de dinero en el país.
- S). El saldo positivo o negativo que se obtiene de los dos sumandos anteriores.



CUANDO en un país existe moneda de oro y también existe en los demás países, y se tiene, además, la libre importación y exportación del oro, no se presentan realmente los fenómenos de cambio. Cuando el valor de (S) es positivo, entra el oro al país. Cuando (S) es negativo, sale oro del país. El cambio externo se transforma en cambio interno. La moneda no varía con el cambio, pero varía en su poder adquisitivo interno. Si durante varios años (S) es negativo, sale oro del país; se restringe la circulación monetaria; se reduce el crédito; aumenta el tipo de interés; crece el valor relativo del oro y disminuye, también relativamente, el costo de la vida. La demanda por los depósitos se acumula en los Bancos y se produce la inevitable crisis monetaria y financiera.

Por la inversa, si durante varios años (S) es positivo, entra oro en el país; aumenta la circulación; disminuye el tipo de interés; se facilitan los créditos; se produce el *boom* en los negocios; el oro disminuye en su valor relativo y la

vida, también relativamente, encarece. Los salarios aumentan y la producción se dificulta. La crisis se produce de nuevo por falta de exportación en relación con los nuevos costos.

El valor de (S) puede ser igual a cero, en correspondencia con igualdad entre créditos y débitos. En tal caso, no habrá fluctuaciones monetarias y el «standard» de oro permanecerá invariable.

Pero es lo común que (S) sea, alternativamente, positivo y negativo. Es decir, siempre habrá fluctuaciones en el valor de oro en el país. En tal caso, no habrá variaciones del cambio interno, pero habrá variaciones en el valor adquisitivo interno. O sea, el «standard» de oro no es el sistema monetario perfecto. *Carece de la elasticidad necesaria para anular o regular las perturbaciones económicas.*

II.—EL BALANCE DE PAGOS ENTRE UN PAÍS CON MONEDA INESTABLE Y UN PAÍS CON MONEDA ESTABLE

No he considerado otros casos de cambio internacional como, entre varios, el que relaciona dos países, ambos de moneda inestable para entrar de lleno a la situación ofrecida por el problema nuestro.

Hemos visto que, para el país con moneda de oro o moneda estable, no existen problemas de cambio internacional (salvo el límite reducido del «gold point»). Sólo interesa, por consiguiente, analizar la situación del país que ofrece una moneda de carácter inestable.

Interviene en este caso el signo del valor (S), designación atribuida al Saldo del Balance de Pagos Internacionales.

Si (S) es negativo, es necesario cancelar con la moneda corriente ese valor. En este caso, (S) pertenece a poseedores extranjeros y es necesario adquirir, para la cancelación de (S), monedas extranjeras, o, generalmente, *letras*. Cualquiera que sea el procedimiento de pago, equivale a adquirir *oro con billete*, o sea, a despreciar el billete. Por consiguiente, mientras (S) sea negativo habrá depreciación persistente de la moneda.

Si (S) es positivo, el valor de (S) pertenece a acreedores nacionales y su cancelación equivale, en definitiva, a adquirir billetes nacionales con oro o letras extranjeras. Naturalmente, el billete se valoriza. Si (S) fuera siempre positivo, la moneda billete continuaría continuamente valorizándose, *siempre que el volumen de billetes en circulación no aumentase en cantidad*. Pero los valores de (S) no pueden ser siempre negativos ni positivos. Son alternativamente positivos y negativos, y ello provoca alteraciones positivas y negativas del cambio externo.

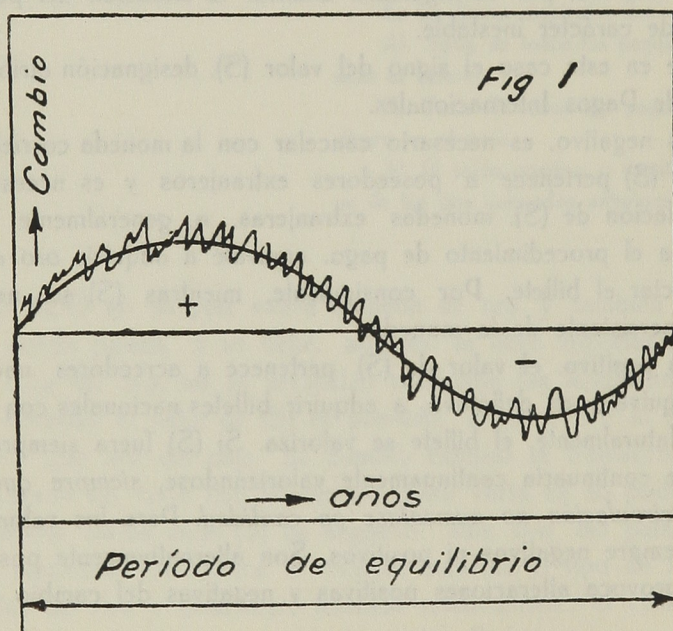
III.—CAUSAS DE DESVALORIZACIÓN AJENAS AL BALANCE DE PAGOS

Pero la moneda inestable, por su origen, presenta causas de desvalorización que actúan simultáneamente con el saldo (S) del Balance de Pagos.

En realidad, como ya lo hemos dicho, el más elemental sentido común advierte que (S) no puede ser siempre positivo, ni siempre negativo. O sea, que un país no puede permanentemente gastar más de lo que recibe, ni recibir más de lo que entrega. Ello sería contrario a la ley general del equilibrio económico que asegura la vida comercial a las naciones. Puede un país, en un escaso número de años, exportar más de lo que importa. Pero pronto la riqueza acumulada lo impulsará a efectuar nuevas importaciones o gastos de dinero al exterior. Por la inversa, si un país mantuviera, durante varios años consecutivos, un saldo desfavorable en su balance, primero perdería los saldos anteriores favorables de su Balance de Pagos y, en seguida, necesitaría ir realizando su riqueza pública y privada. Por otra parte, la misma fluctuación del cambio se encarga de reducir las importaciones y los gastos de dinero en países extranjeros.

En resumen, puede decirse que, *en un cierto período, la suma de los (S) positivos debe ser igual a la suma de los (S) negativos*. Esto equivale a decir que, dentro de ese mismo período, *el término medio del cambio internacional debería permanecer constante*.

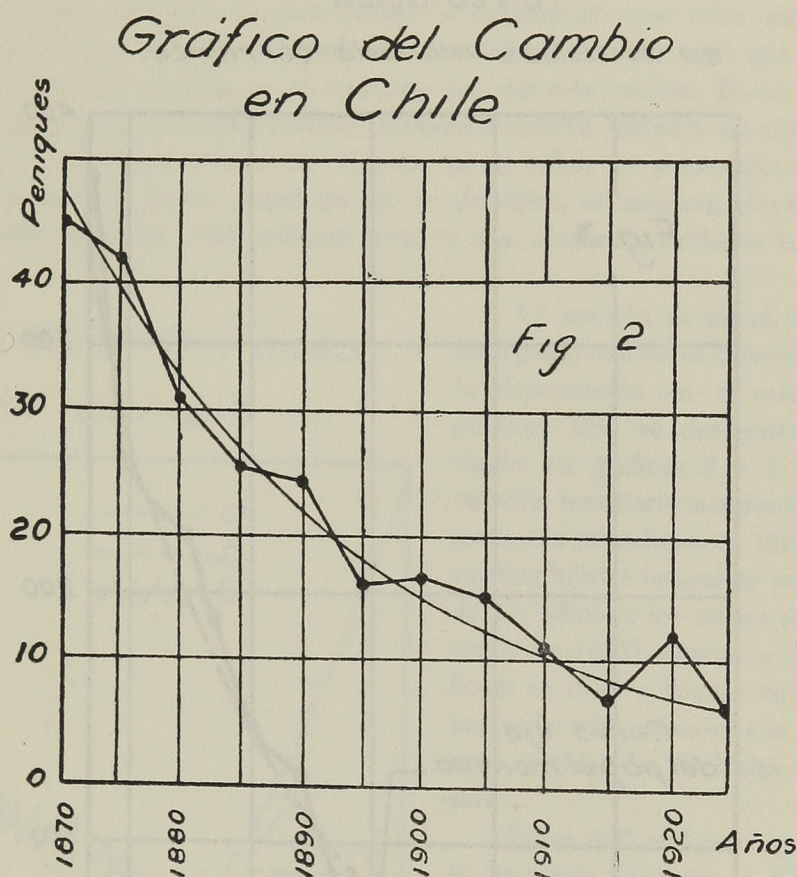
Efecto aislado del Balance de Pagos



Representada analíticamente en la *fig. 1*, la curva del cambio, ella corresponderá a una curva sinusoidal con su eje paralelo a la línea de los años. El saldo del Balance de Pagos Internacionales explica, en consecuencia, la *oscilación* del valor de la moneda, pero en su *depreciación continua*.

IV.—CAUSAS DE DESVALORIZACIÓN AJENAS AL BALANCE DE PAGOS. (CONTINUACIÓN).—EL CASO DE CHILE

Si se traslada a un gráfico la curva de la depreciación de la moneda en Chile, y si se toma el período de años que corresponde a la caída de los 43



a los 6 peniques. (1872 a 1922). Fig. 2, se pueden observar dos características generales bien precisas:

- 1.º Que la curva sigue oscilaciones alternativas positivas y negativas.
- 2.º Que el eje de la curva sigue una inclinación general que empieza en 47 peniques y termina en 6 peniques.

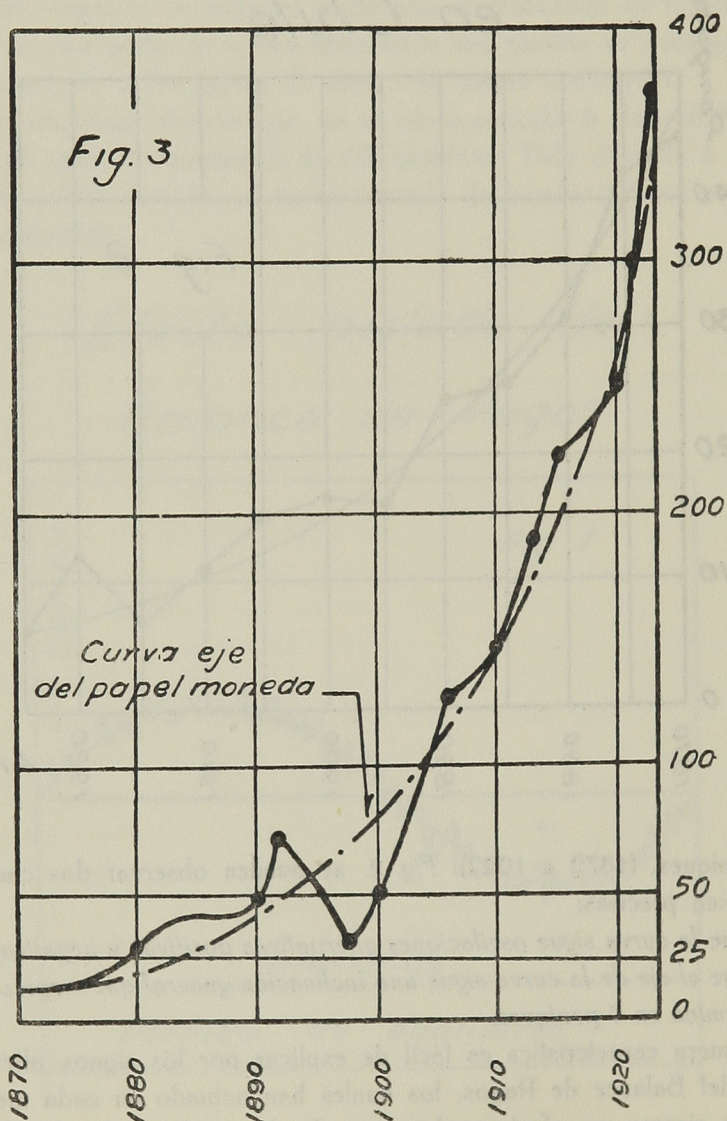
La primera característica es fácil de explicar por los signos alternativos de (S), saldo del Balance de Pagos, los cuales han actuado en cada momento por el hecho de ejercer sus efectos sobre moneda de papel no convertible.

La segunda característica no es explicable por el Balance de Pagos. En efecto, la curva de la fig. 2, abarca un período de *medio siglo*, en el cual no es concebible suponer que el país se haya estado empobreciendo por medio de la cancelación de saldos continuamente desfavorables del Balance de Pagos. Si eso hu-

biese acontecido, no existiría hoy ningún capital público ni privado en manos de poseedores nacionales.

Es aquí donde conviene introducir la causa verdadera de la depreciación de la moneda, causa que se debe *superponer* a la del Balance de Pagos, y que no

*Curva del papel moneda en
circulación
en millones moneda corriente.*

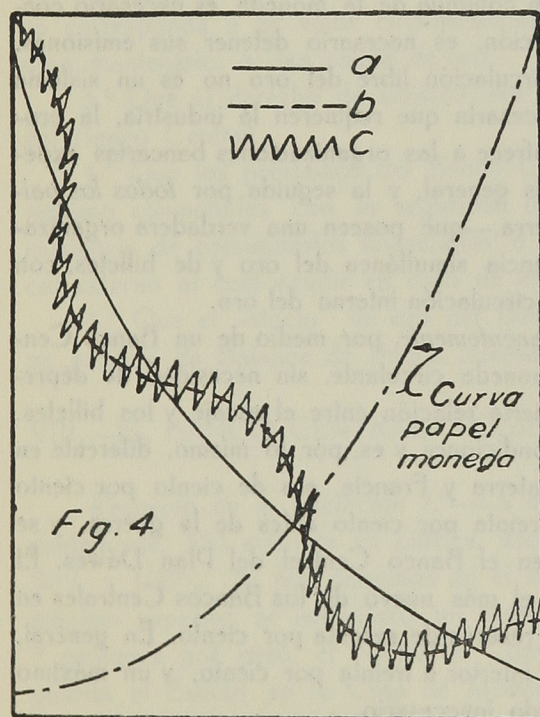


siempre se considera en su efecto verdadero sobre el cambio. Dicha causa, como se ha comprobado, no puede ser otra que el papel moneda de curso forzoso.

El papel moneda de curso forzoso no es moneda y no vale sino por el curso forzoso que le impone la ley. Su efecto no es crear moneda, no es crear

valores, no es crear oro. En la teoría y en la práctica, equivale a subdividir la moneda existente, ya que la aumenta en cantidad y no en valor. Ahora bien, una moneda que se subdivide baja de valor en cantidad proporcional a esa misma subdivisión. Por ejemplo: en un país circulan cien millones de monedas de oro de valor de un dólar cada una. Todas las transacciones internas y externas del país se efectúan con esos cien millones. Pero el Gobierno, por cualquier motivo, emite cien millones de papel moneda sin convertirlos en oro. En tal caso, habrá en el país 200 millones para atender a necesidades que valen cien millones. Aparte de eso, los 200 millones no valen, ante el exterior, más que los 100 millones en oro que existían en el momento anterior a la emisión. Puede todavía el Gobierno guardar en arcas fiscales cualquiera reserva metálica de oro. Pero, como en el hecho, esa reserva no circula, ni el billete es convertible con esa reserva, ella hace el mismo papel que si, en definitiva, no existiera. En resumen, los 200 millones valen 100 millones oro, o sea, cincuenta centavos oro cada peso.

Las cuatro faces del cambio



La emisión de papel en Chile ha seguido una curva correlativa con la depreciación en el valor de la moneda. Ello se demuestra observando los gráficos 2 y 3. La circulación monetaria inconvertible empieza con 12 millones en 1879 (antes existían billetes bancarios por valor de 14 millones, los cuales subsistieron hasta 1897) alcanza a 302 millones en 1920 y llegará en 1924 a cerca de 400 millones, con la emisión proyectada de Vales del Tesoro...

Estos 400 millones, agregados al circulante existente en Chile, no valen nada, absolutamente nada. El Fondo de Conversión tampoco les atribuye valor real, pues ese fondo no representa, en el hecho, función monetaria alguna. En resumen, el caso nuestro equivale prácticamente al de una emisión inconvertible con incrementos sucesivos.

V.—LAS TRES FASES DEL CAMBIO

La fig. 4 resume, en líneas teóricas generales, los hechos establecidos en las figs. 1, 2 y 3, explicados en los títulos II, III y IV de este estudio.

Ella permite apreciar la existencia de tres efectos graduales y sucesivos sobre el cambio. Ellos son:

Línea a.—La depreciación continua de la moneda, provocada por el incremento también continuo del volumen de papel moneda inconvertible.

Línea b.—Las oscilaciones periódicas y alternativas en más y en menos sobre la línea general de depreciación, provocadas por la existencia de saldos alternativos en nuestro Balance de Pagos Internacionales.

Línea c.—Las oscilaciones circunstanciales provocadas dentro de un mismo período por razones de especulación o por desigual repartición del saldo del Balance de Pagos dentro de un período.

La existencia de estas tres causas y sus efectos puede sensiblemente apreciarse formando la curva de valores del cambio en Chile a partir de la fecha de existencia del papel moneda inconvertible.

La *fig. 2*, aunque dibujada a escala reducida y con valores de cinco en cinco años, permite comprobar, con la realidad de los hechos, las teorías enunciadas.

VI.—LAS TRES SOLUCIONES AL PROBLEMA DEL CAMBIO

Para tres causas deben existir, naturalmente, tres soluciones.

Causa a.—Para evitar la oscilación continua de la moneda, es necesario convertirla a oro. Para evitar su depreciación, es necesario detener sus emisiones. En el *título I* hemos advertido que la circulación libre del oro no es un sistema monetario que ofrezca la elasticidad necesaria que requieren la industria, la producción y los negocios. Asimismo, no ofrece a las organizaciones bancarias expedientes de emergencia. La solución más general, y la seguida por *todos los países*—incluso Estados Unidos e Inglaterra,—que poseen una verdadera organización bancaria y monetaria, es la existencia simultánea del oro y de billetes, con mayores o menores facilidades para la circulación interna del oro.

La conversión se efectúa así, *permanentemente*, por medio de un Banco Central. El sistema permite aumentar la moneda circulante, sin necesidad de depreciarla. Basta para ello mantener una cierta relación entre el encaje y los billetes. Esa proporción depende de diversas condiciones y es, por lo mismo, diferente en la mayoría de los países. Así, en Inglaterra y Francia, era de ciento por ciento antes de la guerra. En Alemania, de treinta por ciento antes de la guerra, y se consulta el mismo treinta por ciento en el Banco Central del Plan Dawes. El Banco de la República en Colombia, el más nuevo de los Bancos Centrales en servicio en Sud-América, ha fijado una reserva de sesenta por ciento. En general, la experiencia no recomienda un límite inferior a treinta por ciento, y un máximo superior al ciento por ciento es estimado innecesario.

Causa b.—Para evitar balances de Pagos negativos, los cuales una vez establecido el Banco Central, no alterarían el cambio, pero provocarían salida de oro o la obtención de créditos externos, es necesario aumentar la producción, favorecer la exportación y restringir la importación. Es aquí donde debe intervenir la fórmula de *«producir más y consumir menos»*. A esto debe agregarse que, pre-

cisamente, lo que más reclaman nuestras actividades productoras e industriales es una *moneda estable* que les permita asegurar sus créditos y precios.

Causa c.—Las oscilaciones circunstanciales de nuestro cambio dependen de la variación irregular en las cantidades de letras pedidas u ofrecidas o, lo que es lo mismo, de la distribución irregular, dentro de un periodo, del saldo del Balance de Pagos. Esta causa queda de hecho eliminada por la intervención del Banco Central.

VII.—EL BANCO CENTRAL. CONDICIONES PARA SU ESTABLECIMIENTO

Las tres causas que provocan las oscilaciones del cambio pueden ser evitadas por el Banco Central, siempre que las condiciones para su establecimiento sean favorables.

Esas condiciones son:

1.º Que el Banco Central pueda disponer de un «stock» de oro suficiente para recoger la emisión de billetes fiscales en circulación y reemplazarlos por billetes bancarios convertibles bajo la responsabilidad del Banco.

2.º Que el valor real de la moneda en el momento de recogerse la emisión no corresponda a un valor circunstancialmente elevado que obligue en seguida, para mantenerlo, a una salida de oro.

3.º Que el derecho de emisión sea abandonado por el Gobierno en favor del Banco Central.

4.º Que los préstamos del Banco Central al Gobierno sean limitados a un máximo compatibles con la seguridad del Banco, condición que equivale a la existencia de presupuestos financiados o, en su defecto, de un buen crédito fiscal externo al cual acudir en caso de emergencia.

5.º Que el «stock» de oro del Banco Central sea suficiente para resistir un período de Balance de Pagos Internacionales desfavorable.

VIII.—EL BANCO CENTRAL. POSIBILIDADES DE ESTABLECIMIENTO

Respecto de la condición 1.ª—La actual emisión, que sumará luego aproximadamente, 350 millones en billetes, necesitará un encaje de oro variable entre 30% y 100%. Si nos ponemos en el caso más desfavorable, o sea, en el del máximo superior, se necesitaría un encaje de 350 millones de oro. A razón de 7 peniques por peso, el Fondo de Conversión de 114 millones oro de 18 que guarda el Estado en la Casa de Moneda permitiría formar un «stock» de 294 millones de pesos oro de 7 peniques. La relación de conversión sería entonces de 85%. Al no realizarse la emisión proyectada de 110 millones en billetes—propuesta para saldar el actual déficit fiscal—la relación de conversión pasaría de 100%. Finalmente, si, como se ha hecho en los nuevos Bancos Centrales de Colombia y del Perú,—organizados al estilo del Federal Reserve Bank de los EE. UU.—se pide también la contribución de los bancos privados y del público

para la formación del capital en oro del Banco Central, se puede asegurar que disponemos de oro en exceso para la formación del Banco y realizar el «Gold Exchange Standard».

Respecto de la condición 2.^a.—El valor real de la moneda—entre 7 y 6 peniques—es el más bajo alcanzado, en un período apreciable, por la curva del cambio en Chile. O sea, es éste el mejor momento para efectuar la conversión.

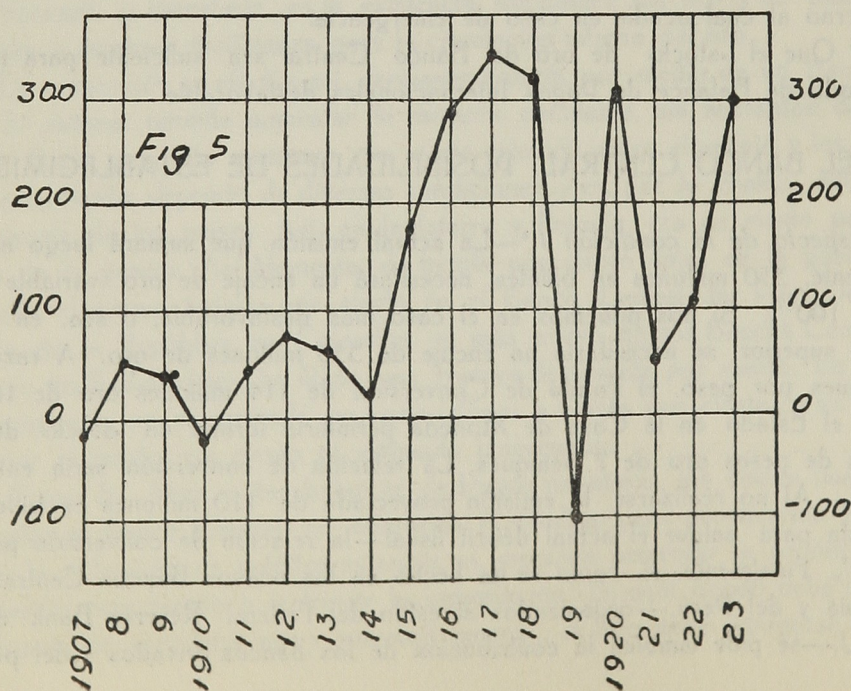
Respecto de la condición 3.^a.—Debe ser ésta la condición primera por establecer en la ley Orgánica del Banco Central.

Respecto de la condición 4.^a.—Esta condición también debe establecerse en la ley Orgánica. La estabilidad de la Hacienda Pública, por otra parte, aparece ya prácticamente fundada en las nuevas leyes tributarias. Por lo demás, el último balance no señala incremento apreciable en el déficit de 110 millones en billetes arrastrado por varios años.

Respecto de la condición 5.^a.—Determinar la salida de oro (o la garantía contra un crédito en Bancos Extranjeros) necesaria para no desvalorizar el cambio en caso de un Balance de Pagos desfavorable, es un problema de solución incierta. Nunca se puede saber en cuanto difiere el Balance de Pagos del Balance Aduanero. Pero se puede aceptar el paralelismo de las curvas respectivas y la influencia predominante del Balance Aduanero respecto de los demás factores que completan el Balance de Pagos Internacionales.

Analizando la situación de nuestro Balance Aduanero desde 1913 a 1923 (fig. 5), puede observarse que la diferencia mayor entre los saldos corresponde a

*SalDOS del Balance Aduanero
en millones de pesos oro de 18 d.*



la crisis salitrera de 1919 y 1921, en relación con una oportunidad que talvez nunca vuelva a repetirse en la historia económica mundial. La diferencia de saldos entre el año 18 y el 19 pasó de 400 millones oro de 18 peniques y su efecto sobre el cambio no habría podido ser soportado por ningún Banco Central establecido justamente el año anterior a la misma crisis.

Pero ese mismo ejemplo nos lleva a comprobar la periodicidad de las oscilaciones alternativas del Balance Aduanero. En efecto, si suponemos el Banco Central fundado el año 13, antes de soportar la crisis del año 19, habría recibido los efectos favorables de los años 15, 16, 17 y 18, los cuales habrían permitido afrontar la crisis «de compensación» producida al terminar el período de «boom».

De la misma manera, el gráfico señala crecimientos favorables del saldo aduanero a partir de 1922, los cuales tienen el carácter de compensación de la crisis de 1921. Finalmente, es lógico suponer que esos saldos favorables se acentúen en los años próximos, en primer término, por la reducción de las importaciones que seguirá al alza de los aranceles aduaneros y en segundo, por la misma depreciación actual de la moneda que, de hecho, impide la salida de dinero al exterior, ya sea en concepto de importaciones o de gastos invisibles.

La situación actual de nuestro comercio exterior aparece, pues, favorable para la formación del Banco Central.

Ahora, supuesta, alcanzado la normalidad comercial de los años anteriores a la guerra, y adoptando como ejemplo el período comprendido entre los años 7 al 13, puede observarse el gráfico citado que los saldos aduaneros sólo ocasionalmente presentan caídas mayores de 50 millones oro de 18 peniques, y que, normalmente, las diferencias en los saldos fluctúan entre diez y veinte millones oro, cantidad susceptible de ser soportada por cualquier Banco Central, sobre todo si se toma en consideración que esas caídas son siempre en compensación de acumulaciones favorables anteriores.

El gráfico de la *fig. 5* señala una observación importante. Ella es el mayor valor de los saldos aduaneros favorables a partir de 1922 que en los años anteriores a 1913. Ello se debe a que, por el aumento del servicio de la Deuda Pública Externa y por el mayor servicio de capitales extranjeros invertidos en el país, se requiere un mayor saldo aduanero favorable para compensar las «partidas invisibles» de salidas de dinero al exterior. La necesidad de cubrir esas partidas de pagos «invisibles» es lo que hace que, a pesar del saldo aduanero favorable de 300 millones de oro en 1923, el cambio se haya mantenido depreciado.

CONCLUSIÓN

He tratado, en estas líneas, de demostrar que la obtención de Saldos Favorables en nuestro Balance de Pagos Internacionales no es todo para la solución de nuestro problema monetario. Tan importante como un Saldo Favorable es una moneda convertible y, por lo tanto, un Banco Central que se encargue de convertirla. Naturalmente, se trata del caso de un Banco Central que disponga de un «stock» de oro suficiente para recoger las emisiones en vigencia de papel moneda

de curso forzoso. Ello equivale a emplear nuestros fondos de conversión en el objeto a que realmente han sido destinados. La existencia simultánea de un Banco Central y de los Fondos de Conversión,—sin correlación entre ambos,—no será, por consiguiente, la solución de nuestro problema monetario.

RAÚL SIMÓN,

(Jefe de la sección Finanzas y Estadísticas de los
Ferrocarriles del Estado de Chile).

New York, 28 de Agosto de 1924.

Dr. Eduardo Moore.

Educación sexual

(Conferencia dada en el Club Octavio Maira el Sábado 12 de Julio de 1924).

Muy estimables señoras y señores:



O estoy convencido de la utilidad de enseñar por conferencias, porque en ellas un enorme número de los asistentes o no entienden la materia que se dilucida, o se reúnen para darse cita. La enseñanza científica debe procurarse por una serie espaciada de lecciones: de esta manera se asimila; pero, así como estimo que nunca debe solicitarse un empleo público, ni una comisión, tampoco podemos negarnos, cuando somos solicitados para realizar un bien a los demás. En la Ciencia Sexual, cuando doy conferencias, resuelto a no producir una ofensa moral ante la mujer, porque es la que más vale y a la que más respeto, no, no lío en mi improvisación, sino leo lo que he preparado. Por otra parte, no tengo para ello lugar determinado: enseñar, me es igual, sea, en un centro radical o sea en un medio conservador.

Por eso es por lo que os ruego presteis atención si quereis sacar provecho de lo que os diré. No debeis mirar en mi escrito un discurso literario, porque no lo es: La ciencia viste con sencillez para que los hombres adivinen la verdad. Y yo vengo a hablaros en nombre de la Ciencia: vengo a deciros verdad, y verdades que algunos no quieren oír ni creer, porque son amargas; pero, vosotros vereis y creereis.

• • •

Cuando vamos a los Biógrafos observamos, en las películas, escenas amorosas que empiezan con una intriga social y terminan con una caricia; preludeo de la aceptación matrimonial. Los fenómenos emotivos que impresionan a los espectadores, les hace recordar fenómenos semejantes que ellos mismos han experimentado. Estas impresiones, las estudia la ciencia: desde los primeros entusiasmos juveniles, la manera como se desarrollan estas sensaciones y las transfor-

maciones que van sufriendo con la edad hasta llegar a la formación de los hogares. El hogar, la familia, la base de la sociedad y de la patria, se deriva de esas impresiones normales, analizadas, estudiadas y orientadas por la ciencia.

El matrimonio, la unión entre el hombre y la mujer y el deseado fruto, el hijo, todas estas faces, entran en el mismo estudio. La educación de la niña y del jovencito; el desarrollo de sus instintos normales; las trasgresiones de estos mismos instintos: sus perversiones, todo esto, son capítulos de la *Ciencia Sexual*.

Y todavía hay otros capítulos más que se vinculan con las relaciones, aspiraciones y leyes sociales, y con las perturbaciones psíquicas y enfermedades trascendentales.

Ningún asunto preocupa más al hombre que el del sentido de su felicidad y, éste, se basa en la Biología. Para ser feliz, en el fondo, no se piden sino estas dos cosas: alimentarse y formar un hogar; el sentido de la felicidad, es, entonces, el sentido de la conservación más el sentido de la reproducción. ¿Y qué entendemos por sentido de la conservación?

El sentido de la conservación consiste; en introducirnos alimentos para que el edificio de nuestro organismo, se mantenga sano y con bienestar. Y este organismo ha sido construido única y exclusivamente para alojar a los más nobles de los órganos: los órganos creadores de la vida; aquellos que van a dar inmortalidad a los padres que no mueren nunca, puesto que su vida va a continuar viviendo en sus hijos. La naturaleza quiere que el hijo, continuación de la vida del padre, sea una cadena ininterrumpida que no concluya nunca: muere el individuo; pero sigue la especie.

La Ciencia Sexual es, pues, la más importante de todas las que debemos asimilar; su base es conocer la vida misma, es decir, la Fisiología, cuya inmediata aplicación es la Higiene; conociendo la ciencia de la vida, tenemos base para conocer las alteraciones de ella, es decir, las enfermedades.

En el biógrafo, al que a veces asistimos, vemos a la muchachada de ambos sexos: observarse, hacer amistad, esperarse, simpatizar, flirtear; lo mismo pasa en los teatros y en toda otra reunión social o religiosa; la preocupación constante del hombre es, pues, la mujer y la de ésta el hombre.

Cuando el hombre aspira a tener una posesión, a emanciparse de su familia, la brújula que lo orienta, es el anhelo de buscar una compañera; lo mismo pasa con la niña: se la presenta en sociedad porque en ella se ve ya, orientada por su sexo, que su anhelo es buscar el compañero de su vida.

Domina al hombre, enteramente, la cuestión sexual, desde sus pensamientos idealistas; y a la mujer, desde sus ensueños platónicos, durante toda la vida, y en todos sus actos, desea predominar como político pensando en el pedestal que se elabora el mismo; pero con el propósito de ser dueño (o el esclavo) del ideal de sus amores. Aspira a tener una posesión económica independiente; pero impulsado por los agujijones de Cupido. Anhelan, los humanos: escribir bien, hablar mejor, sobresalir y la meta a donde deben llegar és, siempre, el ideal de sus ensueños; una mujer.

Entonces: las clases en que se divide la sociedad, las luchas cotidianas para

adquirir el pan, la abnegación de la madre, la creación y crianza de los hijos, juntas con el amor filial, paternal y fraternal que de estos se deriva y la protección a la familia y el amor patrio, todo, entra en la Ciencia Sexual.

Para conocerla, es menester, conocer primero, las funciones de cada órgano de la vida, es decir: la Fisiología. Es, esta enseñanza, la más necesaria, la más útil, la que inmediatamente debería enseñarse después de saber leer y escribir; ésta, no se enseña entre nosotros. ¿Y por qué? porque ella no produce ni pedestal para su independencia económica; ni temas para los pseudo-literatos y su no enseñanza significa: desorientación, falta de respeto a sí mismo, perversiones sexuales, perturbaciones en el matrimonio y autorización de instituciones que, como la prostitución, han sido arrojadas de los países civilizados.

No enseñar en las Escuelas y Liceos la Fisiología, especialmente las grandes funciones destinadas a crear vida, y la Higiene destinada a preservarse, hacen que sea nuestro país, el que tiene el honor tristísimo, de ir a la cabeza de los pueblos infectados por las más espantosas plagas de enfermedades de trascendencia social.

Si Uds., profundizan la moral, muy pronto reconocerán que la mayoría de los preceptos que ella nos fija son sobre asuntos relacionados con el sexo. La religión católica que convive en nuestros hogares—aunque los jefes no seamos socios de ella, gobierna las almas de sus monjes y de sus vestales, exigiéndoles castidad; la de sus creyentes, vigilando se respeten a sí mismo, es decir, no hagan a solas, actos que no podrán realizarlos, sin un castigo de oprobio y de vergüenzas delante de los demás y cuidando que no triunfen las malas pasiones y las enfermedades que nacen de los vicios sexuales.

La religión santifica el matrimonio, evita el divorcio y la poligamia condena al mal hijo, a la prostituta y al libertino y estimula la formación de las familias y el aumento de los hijos.

La religión musulmana, ofrece su paraíso de vírgenes hermosas, conmina al vicio, al alcohólico y a la infiel. Y señala a sus hijos varones, con la circuncisión no sólo como un símbolo religioso racial, sino cuidando que el órgano creador de vida no tenga inflamaciones, ni entorpecimientos en el día destinado a procrear.

Los israelitas, que consideran impuro a cualesquier cruzamiento de sus hijos con otros de otras razas, que tienen el ejemplo de sus castas matronas heroínas del honor, mantienen sus hogares alumbrados con la moral y la pureza de sus mujeres.

Entre los protestantes se cuida de las relaciones sexuales y de la salubridad de los cónyuges, se practica lo dicho sobre los católicos pero no son célibes los sacerdotes ni se estimula la procreación.

La sociedad laica, Uds., yo, queremos a nuestra madre, sin tacha; a nuestras esposas, fieles; a nuestras hijas, púdicas; a nuestras novias, purísimas. «La moral, en el fondo, es una disciplina sexual; el problema sexual es un problema moral». La enseñanza de la ciencia que estudiamos es muy vasta.

En los países más adelantados, ante todas las cosas empiezan a interesar

a los pequeñitos en la Escuela en la enseñanza de la Botánica, en la fecundación de las plantas; a darles explicación amplia sobre todo lo que preguntan; a enseñarles Fisiología y las grandiosas funciones de la reproducción, antes que se aperciban de su sexo, y antes que las sirvientas y los muy sabidos les abran los ojos con divagaciones eróticas y viciosas. A los once años, deben ya los jóvenes de ambos sexos estar instruidos; pero al alcance de sus limitadas mentalidades de lo que significa su gran rol de creador de una nueva vida, de una hermosa vida, de buenos y sanos ciudadanos que los enorgullezca como el más alto de los honores que puedan recibir en la tierra.

Esta enseñanza, debe empezar a suministrarla la propia madre—la mejor pedagoga—para continuar en la escuela; así, evitaríamos: la ignorancia de sus instintos normales, el uso indebido de estas grandes funciones, o, que frutos todavía no maduros, crean que tienen derechos que no les corresponden.

El instinto sexual existe; no podemos, ni negarlo, ni ocultárselo a nuestros hijos; luego, cae en nosotros, la gran responsabilidad de dárselos a conocer; a encauzar esos sentires en un río con riberas de diques sólidos, porque de otra manera, veríamos al río desbordarse en arroyos caudalosos como el libertinaje y las desviaciones sexuales. El instinto sexual es la base de la existencia humana; es el fundamento de la obra más sublime que un hombre puede realizar. Es, él, quien nos incita a las grandes idealidades; entonces, hay que estudiarlo y ésto lo enseña la Ciencia Sexual. Ella nos dice que, todo el que no se somete a las leyes de la Fisiología, no respetándose así mismo, tiene como compañeros: a las perturbaciones mentales, a la tuberculosis y a la tumba; pero, también nos enseña que, la ciencia puede perfectamente curar—por métodos absolutamente seguros—a los pervertidos, ya sean innatos o que la desgracia los haya conducido a adquirir esas perversiones. Ésto, hay que enseñarlo y deberá enseñarse, pero en Chile, solamente se dan estos conocimientos en mi clase universitaria, y en la *Escuela de Altos Estudios* del Museo Nacional. La Facultad de Medicina, y por uno que otro apóstol que empieza a dar conferencias, se interesó en exigir de los poderes públicos, para que esta enseñanza—a la manera como se da en los Estados Unidos, también se diera en Chile, como la conclusión de un trabajo o conferencia que yo mismo dicté en la Universidad de Chile y en la de Concepción. Sin embargo, esto duerme como otras notas de las muchísimas que no significan politequería: aún más, alumnos hay en la Escuela de Altos Estudios, que no han podido obtener el permiso de sus autoridades respectivas, para asistir una sola vez por semana a las clases de Fisiología, aunque ofrecen compensar la hora o dos horas con su mismo trabajo, o con más trabajo; alumnos que pagarían con creces, porque irían a enseñar lo que más necesitan hoy sus educandos.

El espíritu criollo, del que Uds., hablan, se divisa también en la enseñanza: no se debe permitir que se enseñen los conocimientos que ellos mismos no procuran, y además, eso, no produce la notoriedad en que en ella fían para ascender. Construir, para los patriotas de verdad consistiría, en el territorio de la enseñanza, en usar de todas las diversas opiniones para edificar, con diferentes materiales sólidos

un edificio. Refutar debería servir para construir, nó para destruir; pero, no vayamos tan lejos, miremos más de cerca y observemos a nuestros maestros que no educan; ellos creen que la misión del educador, debe ser grave, pero muy grave; no dejar que el alumno se acerque—como lo hace hoy el padre que considera a su hijo como un amigo.—Enseñar y lo más teóricamente, esa es su misión; educar, eso les restaría la divina gravedad. Pero habré de hacer excepciones al recordar a los Profesores de la Universidad de Concepción, de la Escuela de Altos Estudios y a algunos de los Profesores de la Universidad de Chile, en donde cada maestro es un verdadero padre de familia. Hay autoridades superiores de Instrucción Primaria que consideran impropia esta enseñanza, y aconsejan a algunas instituciones privadas de enseñanza no tomar como tales a alumnas educadas con conocimientos de Fisiología y de Ciencia Sexual; pero sigamos:

El cerebro del niño, fija,—como un timbre de goma se impronta en un papel—todas las ideas que queramos grabarle, y si le ponemos diques a sus inclinaciones malsanas, éstos, quedan también grabados en su corteza cerebral. Son, por así decirlo, pastas moldeables a nuestra voluntad; y si ni padres, ni maestros se ocupan de timbrar estos cerebros, los malos amigos serán sus profesores. Me imagino que Uds. me comprendan si les digo que dentro de nuestras cabezas nada está tranquilo; que cerebramos permanentemente, ¿en qué pensamos?—en todo y aunque no queramos pensar; pero supongamos que arrojo en la sala 200 bolitas de piedra de esas que usan los pequeñitos para jugar; las lanzo con fuerza hacia donde ustedes están sentados; estas bolitas, representan las ideas que bullen en nuestro cerebro, ideas algunas malas, si Uds. quieren; pero, muchas de esas bolitas van a ser detenidas a pesar de la velocidad con que yo las he lanzado, en los pies de los asistentes o en los guarda-polvos de las murallas, o en las sillas, es decir encuentran un obstáculo, un dique y no seguirán: esos tropiezos, digo, son los diques que detienen la marcha o el avance de las bolitas; diques que llamaremos morales y que son verdaderas barreras para el avance de las ideas perversas. Podríamos mencionar, como tales, los consejos bien dirigidos; tratamientos de convicción que los médicos llamamos, sugestión despierta o psicoterapia. Estos diques, podrán formarlos: los padres que entienden sus deberes, los verdaderos maestros, los médicos, las religiones y el medio ambiente moral que les hayamos dado a nuestros hijos. Los hogares morales, son la grandeza de los países; no importa que ellos sean pequeños, como lo es la Suiza; pero, el factor más importante es la mujer. Madre abnegada, hermana bondadosa, hija pura, novia ideal, ésto, es lo que educa al hombre y es lo único inconmovible y sublime que va quedando en el planeta; es ella, el elemento que da solidez al hogar; y la reunión de hogares forma la Patria. La mujer, es más propietaria de la tierra que el hombre, porque ella lo crea, lo cuida y lo educa. Los pueblos que se compenetran de estas verdades, van a la vanguardia del mundo. Todos recuerdan lo que vale una madre; y ésto, debe servirnos para saber apreciar a las demás, en cada señora que se atraviesa en nuestro camino y que puede ser otra madre, igual a la nuestra. A cada hombre le preocupa la honra de su hermana; entonces debemos cuidar de la honra de aquellas otras que, por una embriaguez amorosa,

no merezcan en premio de su amor sincero, la villanía de una deshonra; un padre, que puede ser un hombre de alta cultura, desea purísima a su hija, y no debería consentir, que una joven incauta, entusiasta del talento y enamorada de otras de sus dotes o de su fortuna, sea pasto de sus malas pasiones; el joven que anhela legítimas aspiraciones: honores, fortuna, hogar, deberá realizar los deseos de su alma, uniéndose con la mujer de sus ensueños y poesías, con la virgen inmaculada, a quién protegerá y que le servirá de estrella polar, de rumbo en su peregrino viaje y que también alumbrará y guiará a las demás mujeres, por muy debajo que estén sus condiciones sociales.

Así como es ella, casta y pura, así también deben los jóvenes orientarse hacia la misma castidad; los que realizan esta virtud, tienen más cerebro, más energías, más carácter. Esto que digo, sin duda, hace reír a los libertinos; pero, la ciencia ha probado que las mismas exigencias sexuales que tienen las mujeres, deberían tenerlas los hombres, porque si ellas se conservan castas, igual exigencia debe hacerse al hombre.

El alcohol, la Prostitución, esa repugnante institución de venta de carne humana, es consentida por el Estado. Hoy, la brutalidad, la fuerza del hombre, impera, legisla sobre hombre y sobre mujer, y, sin consultar a ésta, ha inventado que él, no puede pasar sin dar satisfacción a sus placeres, aunque esa satisfacción sea prematura, antes que el fruto haya madurado; y es el Municipio el que les brinda la casa permitida; es él el que reglamenta y posee médicos que aseguran la sanidad, y en la cual casa, encontrarán repugnantes vicios y enfermedades que—no curadas—les llevará la desgracia hasta el sepulcro, y hasta la generación de sus hijos. Jamás se ha conseguido, con la prostitución permitida por la ley; sino acrecentar las enfermedades venéreas; aumentar la ociosidad de la juventud; estimular el vicio del alcohol y apagar en los jóvenes, los altos ideales de unirse a la mujer amada. Ha sido condenada esta institución en los pueblos cultos, y nosotros, los médicos, también la condenamos; pero, esa, es una hidra de mil cabezas, y no caigáis vosotros, jóvenes liberales, que profesáis la tolerancia y el respeto a la mujer, en autorizar este resabio de costumbres corrompidas. Abolición absoluta de la Prostitución y sin limitaciones, ese es el grito de los pueblos morales y a cuya cabeza va el médico que la condena como inútil, peligrosa y repugnante. No aceptéis la hipocresía de prostitución colectiva que es mala, al frente de prostitución de una, que es buena, porque esta trampa ya es conocida en todos los países en que se ha batido la prostitución en éstos sus últimos reductos. Mirad la casa de la prostituta única, inscrita por el Municipio y reglamentada, es así: ésta toma una cocinera, una sirvienta de pieza y una portera para su servicio; las cuatro son del mismo linaje: es una casa con 4 prostitutas, que en un día, pueden enviar a la ciudad confiada, 40 enfermos, minimum de averiados, quizás para su vida entera. Y cuando se inscriben asiladas aisladas se tienen diez mil de esta estirpe (no hay número inferior de ellas en Santiago). Pues bien, como ninguna está sana, suministran 10 mil, a lo menos, de enfermos diarios. ¡Qué fábrica más elocuente nos obsequian los Municipios y los interesados que subsista este sistema! Y los que se exitan en estos paraísos municipales, los

que se burlan de la abstención, no querrán ver en ellos a miembros de su familia. —Soy liberal—honroso credo de mi vida—para admitir que, llevados de sus instintos, los jóvenes hayan trabado uniones, ilícitas; y para recordarles que, ya que su inexorable destino allá los llevó, sepan respetar a esa mujer, quien, quizás, en la génesis de sus sentimientos, estaba adornada de los más elevados ideales; pero que también, no olviden, que ella jamás vive tranquila tras el biombo ilícito, y que ni él tampoco jamás se expone a la luz. ¿Y no es mejor unirse legalmente?

Sólo, pues, el matrimonio es la única solución del problema.

Pero, dirá la juventud, el aguijón del instinto por un lado, y la excitación de novelas eróticas, biógrafos y conversaciones malsanas, por otros, nos obligan a hundirnos en las casas de tolerancia, o a faltarnos el respeto a sí mismos—simulando una tranquilidad sexual que no es sino un vicio. Entonces, también les daremos la mano, los curaremos, les enseñaremos la verdad, levantaremos, purificaremos. Sí! Levantaremos a los caídos y no olvidemos nunca que Jesús, el más justo de los hombres, absolvió a María de Magdala.

El vicio secreto afecta el alma que se marchita y pierde el anhelo de buscar al sexo contrario; enfría los sentidos creadores y perturba el sistema nervioso originando serias neurosis; y fijaos bien, estas psiconeurosis ninguna deja de tener base sexual. Así, entonces, tenemos elementos desorientados, flojos, fríos contra el otro sexo, apáticos, enfermizos con base para la anemia, neurastenia, histeria y tuberculosis. Su solución, pues, es el matrimonio (y su curación es la psicoterapia) que, pese a quien pese, procura la castidad que aunque fuese en algunos casos limitada—da calma, energía, salud y contento de vivir.

Nosotros que pretendemos monopolizar la instrucción, y si no somos capaces de procurar la educación sexual para concluir con un factor de degeneración; deberíamos estimular una libertad absoluta de enseñanza y en último caso, hacer una modificación profunda de los actuales métodos y del personal que hoy existe. Se pasa hoy desentendiéndose de la enseñanza de la ciencia de la vida y se tolera que los alumnos de la escuela, tengan esa enseñanza en los conventillos, en los corruptores de menores, en los muy sabidos, etc. Dejémosnos de oriflamas y de programa de partidos, mientras no le demos salud al pueblo. Gobernar: es dar salud a los conciudadanos, porque en sangre sana hay mente sana, mente sana dice orientación, disciplina, amor a la patria y horror a las convulsiones, a las revoluciones que no responden sino a la fuerza de las masas y a la guerra contra los intelectuales.

Existe un movimiento universal movido por los descontentos; hay una amenaza de esta naturaleza en todos los países y desde hace más de 30 años; es un peligro que se cierne sobre todos nosotros, y en el que todos somos cómplices; movimiento que los impulsan los iletrados, los que no tienen responsabilidad, los que cuentan sólo con el número y que creen que es justicia mandar, porque son cantidad. Si en una familia de 10 hijos en formación, todavía inconscientes, permitiéramos que la casa se manejara por los 10 niños que comandaran sobre los dos padres. ¡Cómo sería esa Babilonia! ¿querrían esos 10

niños pensar en el ahorro, en la previsión, en la economía financiera, en la distribución de los gastos y en la administración interna del hogar? Lo único plausible sería que, esos padres, educaran a sus 10 hijos; los hicieran trabajar y producir, distribuirles las responsabilidades y a los 25 años de edad, se empezaría a confiarles los bienes y las haciendas. Igualmente debemos pensar aquí: lo único útil que pueden hacer los partidos, es contribuir al progreso de la patria, educando muy bien a las masas con grandes diques morales y cuando estén bien instruidos, educados y madurados, permitirles la intervención en la cosa pública. Mientras tanto, preparémoslos nosotros; enseñémosles con el ejemplo; miremos, a los demás partidos, como otros tantos hogares que también se aman para el bien público, sin abdicar de que cada hogar debe desear ser mejor o igual a los mejores. Hagamos el vacío a aquellos que no se inspiren en los altos ideales de moralidad y que nos engañan con palabras, programas y teorías para que le sirvamos de pedestal, no en bien de la patria, sino en beneficio de ambiciones personales.

Las enfermedades sociales que invaden a nuestra raza, son tales, que ya no contamos sino como excepción los hombres que no ha contraído la blenorragia o la sífilis. Y ésto, no fuera nada si ellos sufrieran solos sus consecuencias; pero la transmiten a su progenie. De aquí, resulta: que es proverbial aquello de que las escuadras extranjeras anuncian a sus tripulaciones, que los puertos de este país son focos de infección. Es incomprensible que los virus venéreos se extiendan por todas las poblaciones y que los municipios, gasten sumas ingentes en mantener ejércitos de empleados; en vigilar a la prostitución comercializada, y paguen médicos y enfermeras, cuando todo este enorme personal preparado, podría servir más eficazmente en sembrar al país de Dispensarios.

El Dispensario de barrio, con médico, enfermera, laboratorio y medicina gratuitas es la única salvación que ha encontrado la ciencia para extirpar en absoluto, a los males sociales; como medio preventivo y curativo, todo lo demás es palabrería, y no responde a los consejos de la ciencia. Hay en el país pocos Dispensarios que se dediquen a curar estas enfermedades; pero a ninguno se les ha suministrado los elementos suficientes para atender en la forma indicada ¡Y son tan pocos los Dispensarios que existen que se cuentan con los dedos!

De un estudio que he debido hacer—estudio muy castigado, he encontrado que el minimum de enfermos atacados de males sociales, de sífilis, en Chile, es 400 mil; pero puedo decirles, que con los antecedentes recogidos, si se documentaran, un especialista neutral, un extranjero, no encontraría en la República menos de un millón. He propuesto el establecimiento de 105 Dispensarios de Tacna a Punta Arenas, para luchar durante 10 años, en el propósito de concluir con las enfermedades venéreas; Dispensarios que irían disminuyendo al acercarse al 10.º año y concluiríamos con no tener más que los actuales después de la lucha. Cuánto al gasto en los 10 años, no sería superior a 17 millones de pesos.

Si abandonamos la lucha y apreciamos que el hombre, que es el motor

productor de la riqueza, valiera sólo 10 mil pesos en Chile (en otros países se cotiza en 100 mil pesos) y sólo pusiéramos que el 10% muere a consecuencia de enfermedades venéreas, nuestros cálculos nos enseñan que perdemos 400 millones de pesos anualmente y en los 10 años, más de 5 mil millones de pesos ¡por economizar 17 millones! Estos cálculos están basados en que Chile pierde por estas enfermedades 13,333 habitantes (10%) de los 133,333 habitantes que mueren cada año, más el valor numerario que representan 400 mil enfermos que rinden menos en la producción del trabajo.

Pero, admírense más: todos los repartimientos públicos tienen una Dirección para manejarlos, hay un Código Sanitario que se ocupa de la sanidad y una sola cosa se olvidó: la de atacar a las enfermedades que producen la degeneración de la raza, las enfermedades venéreas. No hay ley, no hay disposición, ni reglamento que se ocupen de extirpar la sífilis y la blenorragia; pero hay reglamentos municipales que se ocupan de aumentar las enfermedades venéreas estimulando los focos de infección, como son las casas de tolerancia.

Los jóvenes cultos, no pueden ahogar las fuentes de la vida ni matar sus grandiosos ideales, asistiendo a las casas de tolerancia; ni tampoco, aceptar el camouflage de que se inscriban o reglamentar asiladas; individualmente. Deben rechazar las sugerencias, faltarse a sí mismos el respeto, destruyendo los órganos nobles que no les pertenecen a ellos únicamente. Queda la disyuntiva, o matrimonio, lo más temprano posible o la castidad igual que la que le recomendamos a las mujeres. De otro modo, la raza desaparece, porque no es vivir ser cadáveres vivientes.

Así como estamos dispuestos a unirnos todos: partidos, religiones, individuos y autoridades para repeler al enemigo que invadiere nuestras fronteras, así también debemos asociarnos todos para repeler con energía al mayor de los enemigos, como son las enfermedades venéreas que roen a los más robustos de nuestros conciudadanos; males venéreos que son los causantes de la población de nuestras cárceles, de nuestros manicomios, que aumentan el alcoholismo, que fácilmente hacen crecer la mortalidad infantil, hasta amenazar con la disminución de la población que alborotan la sangre de los desorientados y bolcheviques que peroran pidiendo reivindicación, cuando lo que deberían pedir sería políticos preparados que los liberaran de los males sociales y programas de partidos, y que no tuvieran más que una sola inscripción: *salud pública*. Tenemos hoy, en el país, médicos, enfermeras, sanitaristas, estudiantes, sociedades filantrópicas e instituciones de Cruz Roja que forman un ejército abnegado y que no esperan más que un Estado Mayor y elementos, para emprender la lucha y colocar a la raza en un estado tranquilo y de trabajo, digna de merecer una situación envidiable capaz de colonizar y de propagarse para poblar los 300 mil kilómetros cuadrados de superficie que aún están baldíos. Ser grande, no significa poseer un continente, ni decenas de millones de habitantes; basta con ser ilustrados, educados y sanos para que ningún obstáculo detenga el progreso de una nación. Nadie ha querido, jamás absorber a la Suiza que esté colocada en medio de los más poderosos países de Europa, porque sus habitantes son ilustrados, educados y sanos; pero

aumentan, y la población de Chile disminuye, a pesar de poseer la mayor natalidad que se conoce.

Yo, quisiera que la educación con instrucción sexual, se iniciara en los pequeños: aplicando la higiene personal, dándoles explicación simplista, pero absolutamente verídica, de los maravillosos fenómenos que ven en su vecindad, como la fecundación de las plantas, la reproducción de los animales, etc., lo que es una obra que exige el concurso de los padres. Esta primera enseñanza la daría la madre; de otro modo la inventa, exagera y la hace malsana la nodriza mercenaria, los empleados eróticos y aún los amiguitos, — que si no son seleccionados serán siempre enemiguitos—que enterrarán un puñal venenoso, cuya curación nadie prevee y que puede ser el punto inicial de un envenenamiento del alma y también de la muerte del cuerpo.

Si las madres iniciaran, todas, esta enseñanza, jamás mintiendo a los niños, tendrían como continuadora de sus obras a las maestras, que nunca deben actuar sino como actúan las madres; tiernas, benévolas, con tira y afloja, humanas, porque esos niños, son los hijitos adoptivos que la nación les confía.

Es, pues, en las escuelas primarias en donde esta clase de conocimientos se daría juntamente con las primeras letras. Muchísimo más serviría a la República, preparar al ciudadano a conocer con calma las funciones de su organismo: cómo trabaja el corazón, pulmones, cerebro, etc., etc. y el desenvolvimiento paulatino y funciones de sus órganos creadores de vida, órganos que sólo ellos dan inmortalidad, que el de enseñarles análisis lógico, reglas de tres, idiomas, etc.

La educación sexual les da tranquilidad, les enseña a dominar sus instintos normales, a interesarse en crear en el porvenir conciudadanos sanos de espíritu y de cuerpo. La actual instrucción escolar les da una enseñanza sistemática y lo único que olvida es lo que verdaderamente les servirá en su vida: conocerse a sí mismo y saber lo que les ayudaría para ganar su pan. Esos alumnos más tarde serán obreros y ni se les enseña a cortar un adobe, a aserrar una tabla, a pintar una pared, a colocar un tornillo, ni a arar el suelo, a pesar de que las muy altísimas autoridades escolares saben que esos niños van a ganarse la vida como albañiles, carpinteros, pintores, mecánicos, agricultores, mineros, etc. A las niñas no se les enseña la higiene personal, menos todavía el saber retirar sin daño el polvo de sus casas, ni a coser, ni a hacer sus ropas, remendar medias, etc., y más tarde les exigiremos sean muy buenas dueñas de casa, limpias, hacendosas, económicas. Por otra parte, les exigimos se conduzcan con prudencia, recato, pudor; sepan cuidar su feminidad, sin jamás por jamás haberlas preparado en el conocimiento de sus funciones normales, en su magnífica evolución y en el grandioso llamado a ser la cuna de la humanidad; a dar la inmortalidad visible, porque ella no morirá nunca—continuará su vida en su hijo.— Lo grande, lo sublime, lo inmortal, los fenómenos de la creación de un nuevo ser se tratan en el misterio, ocultamente, o no se tratan; y los misterios se adivinan con todo el cortejo de fantasías. Todavía más, para enseñar la moral sexual, se tiene el atrevimiento de hablar en forma despectiva y aún repugnante de los sagrados órganos, de aquellos que nos han hecho conocer la luz del día.

Las altísimas autoridades, pues, de la instrucción primaria, que hasta hoy andan tan elevadas, ya pueden acercarse a la tierra para enseñar estas *Vulgaridades*; la ciencia de la vida, que no la dominan; y lo que ellos no saben, no lo exigen. Llenaría demasiado sus complejos cerebros el dedicarlos a introducir las más útiles de todas las enseñanzas; tardarán no meses sino años en construir programas, cuando con copiar cualquier folleto de lo que se enseña en los Estados Unidos, habría base para establecer ya una enseñanza seria. Pero, todo lo que signifique verdad o adelanto debe nacer de ellos, si nace de otro que no sea de su estirpe o partido, no es tomado en cuenta, no es considerado. Refutar, como lema patriótico debiera ser: aunar, ayudar con un elemento más para construir.

Y, a raíz de la idea de dar educación sexual, sinónimo de moralidad social, puede ocurrírsele a algunos esta idea: que el asunto se presta para crear algún círculo o influencia popular para fabricar adeptos, y entonces nacerá la «asociación de moralidad», «liga co-sexual», etc. etc.

En la instrucción secundaria, es peor aún; no existe todavía un cuerpo legislativo que de ella se ocupe directamente. Y así, los liceos son fábricas de almacenaje de memoria: química, física sin experimentación; estudios básicos como la Antropología, Etnología, es decir, Pre-historia, esa base científica de la Historia no se enseña; Geología, nuestro suelo, base de la Química, Física, Minería, Agricultura, Farmacia, eso es *snobismo*, y además, la idea no ha nacido de ellos ¿para qué crear entonces esas asignaturas? ¿Y qué diré de la enseñanza de la Meteorología que le sirve a diario al agricultor, al marino, al enfermo? etc. Nó, esas son novedades; clases de lujos. Estas clases que sólo se profesan en la Escuela de Altos Estudios, deberían estudiarla los candidatos a profesores de ciencias.

La instrucción secundaria no educa: los alumnos llegan a sus clases a oír conferencias y sabemos que de una enseñanza así, el 90% no asimila lo que produce el conferenciante; o también los oyentes se dan cita para comadrear, ahí, sobre otros tópicos, tópicos que muy bien conoce la Ciencia Sexual. Siendo así, no esperemos que se enseñe Fisiología e Higiene; y si alguno renombrado entra a esos terrenos, pasa sobre ellos como se pasa sobre el fuego, saltándolo, sin tocar las funciones de la reproducción y sin tocar el aseo personal por el uso del agua (que es tan barata). ¿Qué podemos, pues, exigirles a las madres de familia, cuando los maestros no dan enseñanza sobre los más altos deberes que conciernen a ellas, y a sus hijos. El a, b, c, de los derechos que una mujer, hoy día, trata de conquistar, debe ser: conocer las funciones de su vida, en especial de sus funciones propias; de la maternidad, de las bases científicas para fijar la moralidad de sus hijas. Con estas bases, las ideas dadas por su pudor, y los suministrados por su religión son ayudantes eficaces.

Cuando la mujer conozca la Fisiología y la Higiene, y cuando exija de los Profesores sepan mirarla como hijas y nó como mujeres, dándoles el respeto que merecen, de por sí caerán—como caen los cuerpos pesados solicitados por la gravedad—en los demás derechos que tan injustamente se les niega. Y en-

tonces, y sólo entonces, habremos separado el fantasma de la revolución, que en Chile será la del número contra la calidad; de la inmensa ignorancia contra la intelectualidad, porque la mujer, estabiliza el hogar, da los nobles ideales, el respeto a las respectivas autoridades, humaniza al hombre, y no habremos de olvidar que la suma de los hogares es la patria. También, ella, sabrá defenderse del libertino, que es en el campo de las ignorantes en donde ceba sus instintos; no olvidará que el amor del hombre, aunque impulsivo, frágil, polígamo, que empieza por el instinto sexual, será educado por la que lo sabe así, para encerrarlo en una jaula de amor; para reducirlo con finura, atrayéndolo con tino, haciéndolo que se interese por el hijo de su alma.

Sin la mujer no tendría razón de ser de la existencia. Ella sabría que «la vida sexual es el cimiento de la creación, de la propiedad, de la familia; que despierta las cualidades altruistas: la abnegación, la ternura, la paciencia, la dulzura, el sentimiento del deber, el amor al prójimo y las elevadas comprensiones de la estética»; pero aprenderá también que el inefable trastorno del amor, la coloca en un cielo de placeres íntimos que le inhibe los sentidos, cuando está al lado del ser que adora, para cuidarse de no ceder ninguna caricia, porque en pos de ellas sólo el caballero—en la más alta comprensión de la palabra—la respetaría: Pero también, penetrada de amor platónico, ella enciende la hoguera de los instintos normales, latentes en el hombre y en ella misma, y amor con instinto es caída. Enseñarán a sus hijas que «el amor y la vida sexual con sus leyes « están en relación con los que gobiernan nuestro equilibrio individual psíquico y « físico; así como con las leyes que dominan el equilibrio social; de lo que se « desprende, la evolución histórica de los seres y de los pueblos». Y deberá enseñarse para que esas hijas acondicionen su vida luchando con placer y entusiasmo en contra de los prematuros pedidos de sus instintos sexuales. Ese convencimiento le da más disciplina, la hace dueña de sí misma, como que dominando la carne, amplía su vigor, su pujanza e intelectualidad; en una palabra, le da salud. Y como decía Franklin: «todos nacemos con la facultad, en una mano de poder alcanzar la salud y en la otra el poder de obtener riquezas». Virtud de moral real da energías, y éstas dan riqueza; pero decir moral, es decir castidad verdadera, porque no es la castidad aparente la que da tranquilidad; hay que respetarse a sí mismo. Es curioso pensar, que creerse serio, es tener satisfacción secreta de sus instintos; ¿qué mérito tendría esto?. El verdadero mérito lo da la lucha.

Y pasemos a lo más grave.

De las relaciones sexuales ilícitas nacen, por lo general, las enfermedades venéreas. La peor de estas relaciones es la cultivada en las casas de tolerancia.

Toda prostituta está contaminada antes de tres meses de la plaga azul: blenorragia, y antes de un año, del peor azote de la humanidad: la plaga roja, la sífilis. El General en Jefe en campaña en los Estados Unidos, durante la guerra mundial, evitó estas enfermedades suprimiendo la Prostitución. Los países que no

obraron así, tuvieron la recrudescencia más formidable que jamás época alguna de la historia la ha tenido más espantosa. En todos los Estados de ese gran país ya no existe la Prostitución, de un modo directo o indirecto. Y en muchos Estados se castiga al que comete el crimen de contagiar; se vigila para que los cónyuges vayan sanos al matrimonio; se denuncia ante las autoridades a aquel que tiene la enfermedad y se hace guerra al prostituto y a la prostituta. En otros países se recluye al contagiado para que esté libre de transmitir la enfermedad.

La sífilis es la productora de la inmensa mayoría de los abortos y de casi toda la mortalidad infantil; es, esta enfermedad, la más voraz de las comedoras de cerebro; ella puebla a los manicomios y a las cárceles; es la base para inyectar la tuberculosis y el cáncer; es la que envenena la sangre, dando origen a los desorientados, que nunca están contentos ni con la Patria ni con el hogar; y por otra parte aumenta la población de histéricos y pneurasténicos. El 80% de los hijos descendientes de sífilíticos, ignoran la plaga que los roe. Un 20% de hombres y un 40% de mujeres que tienen esta enfermedad la ignoran. Así, pues, no se curan los que no saben que tienen este mal. Chile está invadido de esta lepra: el 75% de nuestra población obrera de las pampas, de los puertos están enfermos, y sus hijos nacen muertos o perecen al poco tiempo del más insignificante trastorno. El 30% de la población francesa, creía el profesor Fournier, estaba atacada de este mal; si esta ley fuera exacta, aquí tendríamos un millón 200 mil enfermos. Si fuera el 20% como en Nueva York, tendríamos 800 mil. Pero yo quiero ser tan optimista que pongo 10% y tendríamos hoy 400 mil; pero que mañana, en un mes, serían el doble, o un millón, ¿y por qué? Porque el país carece de leyes, reglamentos y recursos para combatirlos. Recursos, leyes y reglamentos existirán mañana, dentro de un mes, si la salud pública fuera para los dirigentes tan importante como la política. El Código Sanitario, que nació por transacción, nació trunco, sin contemplar ni un solo inciso que se ocupe de estos males.

Tenemos un repartimiento público que se denomina Ministerio del Interior, y del que depende la Dirección de Sanidad; pero que no tiene tiempo para arbitrar los medios económicos a fin que el Código se cumpla. Tiene la Beneficencia, es decir, todos los Dispensarios y Hospitales del país, y la mayoría debería cerrarse por falta de recursos. Tiene mucho que hacer con enviar un Gobernador a cada Departamento para que den la hermosa tanda de estar permanentemente en peleas con el juez y demás autoridades; Gobernador que no sabe ni el número de escuelas de su Departamento ni lo que estudian en ellas. Son muchas veces «buenos y vividores» y algunos sin control sobre sus pasiones. El que está habituado a una disciplina sexual, le es fácil disciplinarse en todas las energías. La energía es única y el que la malgasta en actividades sexuales, no puede ser capaz de otras actividades. La raza es horrorosamente sexual y de ahí, que siendo el país que tiene la mayor procreación de hijos es también el que tiene menos hijos, con el triste privilegio de poseer la mayor mortalidad infantil del mundo. En las clases de Higiene, en las de Estadística y Demografía, así como en los Congresos médicos se exhibe en los Estados Unidos

un termómetro que empieza con 10 (10 niños muertos por 1,000 de todas las edades) y Chile está en lo más alto del aparato con 225.

La falta de disciplina sexual hace que en Chile salga lo contrario; en el mejor clima de la tierra es donde hay más tuberculosos y heredo-sifilíticos. Los habitantes más prolíferos del orbe amenazan con la despoblación de la República. Fiebre tifoidea, tifus exantemático, lues y mortalidad infantil nos colocan como los primeros del orbe. En ese mismo Ministerio a que nos referimos se tienen las divisiones políticas de la República, en tal forma, que da carcajadas a los extranjeros. Un ejemplo: el Departamento de San Fernando limita con la provincia de Santiago y con el mar y llega hasta Curicó y la cordillera; se estrecha en una cintura entre el río Chimbarongo y el Tinguiririca, de tal modo, que una piedra tirada del Departamento de Santa Cruz termina en el de Caupolicán pasando por encima del Departamento de San Fernando. La ciudad de Santa Cruz tiene un radio que podía comandar a las poblaciones situadas al Norte y al Oriente que están a su alrededor; y sin embargo, la ciudad misma pertenece parte al Departamento de Santa Cruz de la provincia de Curicó y otra parte al de San Fernando de la provincia de Colchagua. Pero, por no molestar a los ríos que la dividen, se molesta a los habitantes quienes tienen que recorrer grandísimas distancias cuando buscan la protección de las autoridades y atraviesan por ciudades que podía favorecerlo si fueran cabezas de sus comunas.

En lugar de tantos errores, un Ministerio de Previsión Social, Sanidad y Beneficencia podría atender a la salud pública, teniendo en su radio la acción de Beneficencia, Hospitales, Dispensarios, Alcantarillado, Agua Potable y Sanidad, que es hoy la ocupación útil del Ministerio de lo Interior.

Pero, este, es un problema que interesa a los políticos; la creación de estos repartimientos, no está en su Programa; así como la creación de nuevos Departamentos y la rectificación de la Geografía Política, podría servir al bando contrario a sus aspiraciones. Seguirá la anarquía, predicción que la tiene estudiada ya la Ciencia Sexual.

Existe un Ministerio de Hacienda, que tiene oficinas de aduanas y se ocupa o de tapan al país de papel moneda o de llegar al absoluto régimen del oro, sin embargo, el país no tiene una oficina destinada a evitar la propagación de las enfermedades venéreas; y no podemos suprimir el inmenso papeleo lleno de verbosas frases de la lengua de Castilla, que nos ofuscan, cuando el único papel que debería gastarse sería el destinado para cada maestro a hacer el programa sobre educación sexual: esa sería la verdadera conversión de la moneda en oro.

Además, tenemos un Ministerio de Instrucción Pública, y si mañana se hiciera obligatoria la instrucción, no se encontrarían los suficientes maestros para enseñar tanto iletrado, y mejor que así sea todavía, porque la inmensa mayoría de las escuelas actuales no tienen las condiciones higiénicas para dar garantía a los educandos; en la promiscuidad humana con hambre y con frío, nace la tuberculosis. Yo quisiera que algún patriota hiciera una encuesta a las escuelas del país y examinara a los pequeñitos y vería cómo está propagada esta enfer-

medad; ahora, si hiciéramos tal cual se ha hecho en los Estados Unidos, una investigación sobre el lado moral, veríamos la prematura sexualidad peligrosa y repugnante que domina a los educandos. Y veríamos, señores, también en una gran parte de los maestros, el desaliento, el poco estímulo y consideración y la nulidad de educación de Fisiología que reciben de sus altísimas autoridades: ellos reciben alguna instrucción primaria, pero ninguna educación y si la llegan a poseer, es natural, pero no es técnica, adecuada al asunto que tratamos. En su repartimiento de Ministerio de Justicia, recordamos con horror las perversiones sexuales, pero muy repugnantes que dominan en las cárceles y que avergonzarían al corazón más empedernido que las presenciase.

¿El Ministerio de Industria y Obras Públicas nos hace pensar en un musulmán que con la pipa en la boca, mira impávido una representación del antiguo Imperio romano, que tenía como lema que los caminos son la base de la riqueza y la seguridad pública; y mirando el panorama de Chile, observaría que los caminos sirven como vericuesto extratéxico para los salteadores, no permitiendo que los pequeñitos afluayan a las escuelas desde 10 cuadras a la redonda. Este Ministerio tiene a su cargo secciones de instrucción, revolviendo entre rieles, puentes y canales, establecimiento de enseñanza secundaria y aún universitaria. El Instituto Agronómico es de enseñanza universitaria y aún, cuando ahí se enseña ciencias y aplicaciones biológicas, la Fisiología y la Higiene son desconocidas, y son, precisamente, los futuros agricultores y los mayordomos de haciendas, los únicos que cuidarán en sus campos de la moralidad y de la salud de sus inquilinos. No es de extrañarse cuando en las Escuelas Normales y en el Instituto Pedagógico, establecimientos destinados a producir maestros en Biología e Higiene, esos establecimientos, no poseen ni clase de Fisiología ni de Higiene, ni los servicios higiénicos adecuados.

Hay un Ministerio de Relaciones Exteriores y en él se sabe que en Panamá y en los Estados Unidos, han puesto cuarentenas en algunas ocasiones únicamente a los barcos de Chile. Ese Ministerio, entre los entretenimientos a que podía obligar a sus Ministros y Cónsules, sería utilísimo, el de exigirles una información documentada sobre el estado sanitario de los respectivos países en los que sirven, y muy especialmente, lo relacionado a la Prostitución, a la moralidad escolar y al tratamiento de las enfermedades de trascendencia social y publicar esas informaciones, porque viniendo de importación nuestros gobernantes y cuerpos legislativos pudieran siquiera iniciar una campaña de salud pública.

Y el Ministerio de la Guerra, esponja absorbente de nuestro presupuesto, que desgraciadamente necesita no descuidarse, podría pensar, que la conscripción que lleva los mejores ciudadanos bajo la bandera debería ser extendido a mayor tiempo que el actual para evitar que los fuertes ejercicios militares no produzcan exagerado desarrollo muscular, que lleva al cansancio y a la tuberculosis, y recluir obligatoriamente, a todo el que sea contagioso venéreo hasta que no pueda transmitir la enfermedad; y repartir a todas las guarniciones, elementos completos de medicamentos, para que todo soldado pueda ser tratado gratuitamente por un período minimum de tres años; y obligar a la desinfección obligatoria a

todo individuo que regrese al cuartel para que no se desarrollen en ellos tales enfermedades, es decir, enseñar una educación sexual en toda unidad. Esto, debería hacerlo antes que invertir en cañones, porque aunque faltaren aquellos, cuando se tienen ciudadanos sanos de espíritu y de cuerpo, a falta de armamento, pero con brazos vigorosos, «las galgas de los Andes como armas bastarán».

El Parlamento Nacional, tan especializado en derrivar Ministerios, en ocupar la mitad de su tiempo en la calificación de poderes—aunque hay un Tribunal especial destinado a ello y que han querido transformarlo en un verdadero Ateneo Literario para que lo oigan no los lectores, que siempre no los han tenido, sino donde ellos desean predominar, ¡y que ojalá fuera siquiera para presentarle una corona de triunfos al ideal de su vida!, no se ocupará en crear, no digo una sección de Higiene, de Previsión Social y de Beneficencia, sino que ni aún una oficina para atacar a las enfermedades que degeneran a nuestra raza, que disminuyen nuestra población y destruyen la fuente de producción, que es el motor humano. Sin esperar siquiera que de estos temas se ocupen, digo yo, que no contemos con él, prescindamos de él como ya el país lo está verificando, tratemos nosotros de convencer ciudadano por ciudadano: a los padres, a los maestros, a los alumnos, el de procurarse una educación sexual inculcando los sentimientos de moralidad y caballeridad, convenciendo hasta el último obrero del, último conventillo, de no ir al matrimonio sino sano para así poder engendrar hijos sanos, porque en las tareas de la vida cada hijo de esos equivaldrá a dos motores de los actuales. Inculquemos a la mujer el que no se fie nunca de los hombres, no porque sean malos, sino porque sus impulsos de varones y su educación dominadora, el mal ambiente y las malas costumbres arraigadas en la sociedad, los hace peligrosos, pero digámosles también que ellos son débiles, que se les puede educar en sentimientos de caballeridad, que se les puede amarrar con cadenitas de ternura, invocándoles al recuerdo de su madre, de sus hermanas y de sus futuras hijas. A los hombres intelectuales, que han desarrollado su cerebro y que están dedicados a dirigir masas de hombres, a esos, digámosle que su responsabilidad es enorme y, que deben orientarse a sus subordinados por la línea recta que es la más corta que existe entre dos puntos. Y cuando ellos manejen mujeres ya sean obreras, dactilógrafas o alumnas, tengan el respeto que la necesidad, la pobreza y el estado indefenso de la mujer les exige y no tomarlas como objetos de simple entretenimiento o como esclavas blancas; que no deben usar términos que puedan producir ofensa moral ante sus alumnas, las cuales, no deben ni pueden ser otra cosa que sus hijas. ¡Cuántas disiluciones hemos tenido en algunas ocasiones al contemplar que hombres que por su influencia o su situación han olvidado que tienen hijas, hermanas y esposas!

La Ciencia Sexual dice que: los que tienen creencias religiosas tienen también una moral sexual que ayuda; pues, entonces, mirémoslos con gran respeto. Pero los que no tienen creencias religiosas y han orientado su moral guiados por su herencia, por el medio ambiente bueno y por su educación científica,

también cumplen con los preceptos de moralidad. Como se ve, se podría deducir de esto que: la moral es una, venga de donde viniere.

Pues bien, aquellos que se hayan colocado diques morales por religiones y por creencias han sumado sus esfuerzos.

Pero, no nos preocupemos tanto del Estado-providencia del que de este país tanto se espera, ni de la indiferencia de aquellos a quienes eso no les interesa, ni mucho menos de aquellos que se ríen de tan grandes problemas. Es muy común observar en la gente de espíritu criollo, ambiciosos sin base, egoístas que sueñan con glorias, burlarse de toda proposición que de ellos no haya nacido, usando ya la ironía, o de cuchufletas para aminorar reputaciones y empresas de espíritu público que ellos no hayan conseguido. No conciben sino lo que de ellos o de su círculo nazca y que a ellos sirva, (y siempre que temen que el autor sobresalga). Este espíritu domina también tanto a instituciones educacionales como en sociedades comerciales: bizantinismo y bolcheviquismo. Propongan Uds. una acción utilísima para concluir con la mortalidad infantil que es la más alta que en el mundo existe, resultante de la herencia sifilítica y declaren Uds. que por ser el 80% de la raza rusa sifilítica han sobrevenido las más espantosas convulsionss, asesinatos de intelectuales y a los más grandes crímenes de que recuerda la Historia y que por lo tanto, quisiéramos concluir con la hidra que nos amenaza, en nuestro país, por las mismas causas y agreguen que por esta misma razón, no podríamos permitir que las masas no ilustradas dominen por la cantidad y reflexionen que es un asunto baladí por el instante histórico el ser radical, conservador o liberal, religioso o irreligioso, cofrade masónico o cofrade beatísimo y digan que lo único práctico y decisivo es tener raza sana; propongan que los problemas de salud pública se reduzcan sólo a dos: *Educación* dándole gran importancia a la educación sexual, y sembrar de *Dispensarios* en el país para desarraigar las enfermedades y verían Uds. entonces las contestaciones:

—«Pero estas ideas no han sido propuestas por el Partido Radical» (que domina en el país y ha rehuído formar gobierno).

—«El Partido Liberal» que es de centro, y del único del cual debe salir el Presidente de la República, no lo ha inscrito en su Programa».

—«El Partido Demócrata» que tiene masas, aunque no preparadas para dirigir, no ha comprendido el problema y por tanto no naciendo de sus dirigentes, ni produciendo esto una independencia económica a sus miembros no les interesa el problema». Sin embargo debo ser sincero, diciendo que la clase de obreros está sedienta por saber y por curar los males que les aquejan. En lugar de flamear banderas, discursar y empujar para arriba a sus prosélitos que luego los olvidan, deberían tener como única obsesión el Dispensario con médico, enfermera y medicina gratis a fin de extirpar sus males venéreos.

«El Partidor Conservador» diría de estos asuntos de alta moralidad, «que son impúdicos y que es mejor que venga el castigo «de Dios sobre tanto enfermo de vicios». Y como ellos no son asexuados, les recordaré que la sífilis no es más vergonzosa que tener tuberculosis, que la sífilis no respeta hogares y que el

20% de los hombres, el 40% de las mujeres que han adquirido la sífilis y el 80% de los hijos de sífilíticos, ignoran el que son víctimas de esta enfermedad. Que una gran cantidad de enfermedades del corazón, del cerebro y de las llamadas enfermedades difíciles e incomprensibles, nacen de las sífilis, que la inmensa mayoría de los abortos, de la mortalidad infantil, de las pneuososis, de las mutilaciones en la mujer son de origen venéreo.

Y así, como en Francia, durante la gran guerra, apesar de que los políticos habían anarquizado el país, se levantó el alma nacional como una potencia vigorosísima y afrontó la lucha con energía desgastando la sangre de sus mejores hijos—para defender su patria,—así también nosotros no esperemos nada sino de nuestra alma nacional y eduquemos a la madre en el hogar, a la maestra en la escuela, establezcamos Dispensarios; pidámosles Dispensarios a los Bancos, Clubs, Cajas Hipotecarias y de Ahorros, a las Fábricas, a las Industrias Mineras, a los Hacendados, a los Municipios, y levantemos banderas con esta sola divisa: *patria es salud pública*.

DR. EDUARDO MOORE.

12 de Julio de 1924.

Santiago Marín Vicuña

En Wáshington

(Páginas del libro «*Por los Estados Unidos*», próximo a publicarse).



ATISFECHA nuestra curiosidad en las monumentales obras del Canal de Panamá y poblaciones adyacentes, el 26 de Mayo, en una noche excepcionalmente oscura y tenebrosa, El Santa Ana abandonó el muelle de Cristóbal y atravesando la bahía Limón, puso proa a la mar libre, continuando con ello nuestra monótona vida de abordó, sin otras variantes que algunas horas de música y canto, con que solía regalarnos la atrayente señora de Wilcom.

Y así se pasaron cinco días, en los cuales, contrariando las negras predicciones del Capitán, fuimos favorecidos por un tiempo excepcionalmente favorable.

La comida víspera de nuestra llegada a Nueva York fué de gran animación, casi de fiesta, pues la oficialidad quiso despedirnos con carnavalesco entusiasmo y al día siguiente, antes de amanecer, ya estábamos muchos en pie, esperando en la cubierta la visión fantástica del gran puerto, que debía presidir el faro luminoso de la Libertad, espaldeado por los imponentes rasca-cielos.

Pero la naturaleza, como nos había acontecido dos años atrás en Rio Janeiro, vino a truncar tantas expectativas, interponiendo entre el barco y la ciudad una neblina tan densa e infranqueable, que hubimos de deslizarnos casi a tientas por el East-River, para atracar quedamente al dock de desembarco. Sólo a esa hora, razgándose a medias la niebla, apareció en el horizonte un sol rojizo y tibio, que simulaba una hostia de ascua surgiendo de las tenebrosidades del mar.

Bajamos de prisa a las Oficinas del Resguardo y desde ahí, amablemente conducidos por el Dr. John, Secretario General de la Highway Educational Board, nos trasladamos a la monumental estación ferroviaria de Pensylvania, para tomar el expreso que debía conducirnos a Wáshigton, vía Philadelphia y Baltimore, donde nos esperaba un ceremonial de toda novedad e interés: Ser recibidos oficialmente por el Presidente de la República y encumbrados personajes de la Administración pública, por lo general inaccesible a los extranjeros que no vengan constituidos en dignidad.

Bueno es aquí dejar constancia que la cita dada en Santiago dos meses atrás por el Embajador de los Estados Unidos, Sr. Collier, para que estuviéramos en el Raquet Club de Wáshington el día 2 de Junio, se había así cumplido al pie de la letra, apesar de los 15,000 kilómetros que separan ambas capitales.

Nuestra primera visita fué dedicada al Secretario de Estado, Honorable Charles E. Hughes, que nos recibió en su palacio con característica y proverbial amabilidad.

Mr. Hughes, con su figura alta, imponente y aristocrática, cautiva desde el primer momento, admirándosele en su correcto vestir y en su marcial apostura. Cuando habla, mira a los ojos de sus oyentes con rara detención, como interrogándoles si sus palabras concuerdan con el sentir y desear de quienes le escuchan, y salpicando los encantos de su dicción, con una sonrisa de benevolencia y afecto no comunes.

De ahí el agrado e impresión que dejan sus discursos y el esfuerzo que uno hace por retener en el cerebro las características de su aristocrático rostro y el buen decir de sus expresiones.

—«Vuestra visita a este país, nos dijo, tiene alta significación, no sólo por la importancia de los problemas que vais a tratar, sino también porque ella es la indicación de una de las fases que tienen más relieve en el desenvolvimiento pan-americano. Es una circunstancia feliz que todas las cuestiones que hasta el presente han sido un obstáculo al desarrollo de más estrechas relaciones de amistad entre las naciones de América, se estén gradualmente resolviendo por el procedimiento metódico de Conferencias. Compromisos y Arbitrajes. Con la solución de esas cuestiones, estamos entrando en una nueva fase de las relaciones en el Continente americano.

«No se trata ya simplemente de eliminar todas las materias que podrían dar lugar a diferencias, sino de desarrollar una política positiva, mediante la cual los mejores pensamientos y las experiencias de cada Nación americana sean puestos a la disposición de todas. Tal es el verdadero espíritu del *pan-americanismo-constructivo*, que está destinado a dar al mundo un nuevo y más alto ideal de relaciones internacionales».

«—El perfeccionamiento de los medios de comunicación, agregó, es una cuestión que está más íntimamente relacionada con el desenvolvimiento democrático de lo que ordinario se piensa. El perfeccionamiento de las comunicaciones implica la eliminación del regionalismo y contribuye en no pequeña medida al desarrollo de una inteligente opinión pública.

«Los problemas a los cuales consagrais vuestro estudio tienen, además de su significación nacional, una importancia internacional. La construcción de caminos engrandece el mercado para vuestros productos y esta multiplicación estimula a su vez la producción y da por resultado un adelanto económico general. Este estímulo a la producción es una materia en la cual los Estados Unidos tienen profundo interés, desde luego, nosotros somos vuestros clientes, en una considerable proporción, de vuestros productos agrícolas y mineros.

Hizo después leve pausa y, tras un afectuoso recuerdo de la Quinta Con-

ferencia Pan-Americana, como la creadora de Conferencias y Congresos sobre múltiples problemas de índole económica, social y cultural que empiezan ya a dar sus frutos, terminó con algunas frases muy sentidas y oportunas sobre la confraternidad continental, que seguramente involucran la esencia de la política de acercamiento americano, que en forma tan efectiva ha sabido practicar como dirigente de las relaciones exteriores de su país.

«—Estoy seguro de que por el intercambio de ideas y del resultado de vuestras experiencias y de vuestros estudios en el viaje por los Estados Unidos, nos dijo con tal motivo, llegaréis a *Conclusiones* que serán de provecho para este país y, como lo espero, también para los vuestros. Estáis prestando un gran servicio pan-americano y os doy la seguridad de una entusiasta cooperación por parte del Gobierno y pueblo de los Estados Unidos.

Siguieron algunos minutos de amena charla y, en seguida, nos trasladamos en grupo a la *Casa Blanca*, imponente construcción ubicada en la Avenida Pennsylvania y que desde hace 125 años, desde los tiempos ya remotos del Presidente Adams, sirve de mansión oficial al primer Mandatario de la Nación.

Mr. Coolidge nos recibió con igual amabilidad.

Vestía de traje claro, con mucha sencillez y sin otro adorno externo que un pequeño *boutonnier* o condecoración, que llevaba en el ojal alto de su correcta americana. Su rostro lampiño, y rojizo y cruzado ya por prematuras arrugas, revela un carácter seco y enérgico y que hasta parecía cansado y deseoso de tranquilidad.

Es indudable que él no ha nacido para las luchas apasionadas de la política ni para sonreír a las multitudes, pues al hablar se nota esfuerzo para manifestar opiniones y fundar plataformas, contrariando así las tradiciones romancescas dejadas por los Roosevelt y Wilson, que se gloriaban y complacían en el dictado de frases doctorales. El actual Presidente habla con pausa y desgano y quizás deseoso de terminar luego, para volver a sus quehaceres de Gabinete.

«—Siento una sincera complacencia en daros una cordial bienvenida en nombre del Gobierno de los Estados Unidos, nos dijo al iniciar su discurso. El viaje de observación que vais a emprender y los estudios que vais a hacer tienen una positiva importancia para todas las Repúblicas del Continente americano.

«Con más claridad que nunca, agregó después, vemos hoy en el progreso de los medios de comunicaciones, no sólo una de las grandes fuerzas que contribuyen al adelanto económico y al perfeccionamiento en cultura, sino que también uno de los factores fundamentales del desarrollo de la unidad pan-americana.

«En ninguna época de nuestra historia, las relaciones formales entre los Gobiernos de las Repúblicas americanas han estado a un nivel más elevado que al presente; pero todavía resta mucho por hacer para desarrollar más estrechas relaciones entre las Repúblicas del Continente americano y para alcanzar una mayor comprensión de los puntos de vista y de los ideales nacionales.

«Es, pues, un pensamiento feliz el de reunir eminentes ciudadanos de las naciones de la América con el fin de cambiar ideas y de aprovecharse de las experiencias de los otros en la solución de las grandes cuestiones de común interés. Nuestros problemas son, en muchos respectos, semejantes a los vuestros, de ahí que deseamos aprovechar de vuestras experiencias y espero que vosotros os aprovecharéis de la nuestra.

«Al recorrer este país, agregó, podéis estar seguros de encontrar que los sentimientos de amistad por vuestras respectivas patrias se extienden más allá de los confines de la capital de la Nación. El pueblo entero de este país está inspirado en un sentimiento profundo de fraternidad hacia las naciones hermanas de este Continente. Cuando regreseis, pues, a vuestros respectivos países, espero que vosotros llevaréis este cordial Mensaje de sentimiento de fraternales afectos, que son la más segura garantía de la paz y de la prosperidad del Continente americano».

Siguieron a este conceptuoso discurso algunos minutos de amena charla y en seguida, se nos condujo en grupo, amablemente guiados por el Dr. Rowe, a los interiores de la Casa Blanca y recorrimos así toda la histórica morada de los Presidentes de los Estados Unidos, que impresiona por su severa ornamentación. En esta forma, se nos dió a conocer la Sala Azul, la Sala Verde, la Sala Roja, etc., todas ellas impregnadas de buen gusto.

Las grandes lámparas de cristales que pendían de los techos, los múltiples retratos y bustos de ex-Presidentes que adornaban los aposentos, los cuidados y singulares muebles que se esparcían en estudiado desorden y los variados bibelots diseminados por los ángulos, constituían recuerdos vivos de un pasado glorioso, cuando nó, obsequios regios de príncipes y testas coronadas que ya no existen...

Jarrones de la India, biombos del Japón, tallados de la China, sevres de la Francia, frescos de la Italia, todo era ahí suntuoso y correcto.

Desfilamos así, paso a paso, admirando, a través de las ventanas abiertas, el incomparable Parque lateral y oyendo con creciente atención las ceremoniosas y estudiadas frases del cicerone, que se sabía de memoria todas las particularidades y orígenes del contenido del suntuoso edificio.

¡Qué de maravillas y suntuosidades!

Nos habríamos detenido en esta inspección todo un día; pero nos llamaba otra ceremonia, de excepcional interés para nosotros: Ir al palacio de la Unión Pan-Americana, donado hace años por la munificente obsequiosidad de Mr. Carnegie y plantar en su hermoso Parque un árbol que hiciera perdurar nuestra visita y simbolizara los ideales de confraternidad con que la iniciábamos.

Y allá nos dirigimos, para ser esta vez recibidos por todo el Cuerpo Diplomático residente en Wáshington, encabezado por el propio Secretario de Estado Mr. Hughes, que quizo honrar una vez más nuestra misión echando sobre las raíces vacilantes del *árbol de los buenos-caminos* la primera palada de la tierra vivificante.

Como coronación de esa mañana inolvidable y para nosotros histórica, se siguió un suntuoso lunch, en el cual Mr. Rowe, con su proverbial gentileza y buen

decir, hizo caluroso elogio de nuestro cometido y expresó la honda fe que albergaba por nuestros éxitos.

«—La misión que se os ha confiado, nos dijo, es de grande importancia para todo el Continente. Habéis visto, y nosotros también, la trascendental influencia de mejores medios de comunicación, no sólo sobre el progreso económico, sino también sobre el progreso moral y el adelanto en cultura. El perfeccionamiento de las vías de comunicación contribuye no sólo a la multiplicación de la riqueza nacional, sino también al desarrollo de su bienestar. La eliminación de los prejuicios regionales y de las divisiones locales ha sido uno de los resultados del perfeccionamiento de las vías de comunicación, que ha dado solidaridad a la unidad nacional.

«Desde un alto punto de vista, el trabajo que emprendéis contribuirá a aumentar la armonía internacional. El mejoramiento de los caminos no es sino uno de los eslabones de la gran cadena de comunicaciones internacionales, que es un factor tan importante para eliminar las dificultades entre los pueblos. El trabajo que vais a realizar tiene, pues, importancia pan-americana».

Las últimas frases de tan hermoso discurso fueron saludadas por una ovación, que bien se merecía el popular y activo Director de la Unión.

Casi alto, delgado; con su cuerpo muy erguido y singularmente movedizo, el Dr. Rowe habla con correcta dicción española y señalada facilidad de expresión. Su voz es oída en los Estados Unidos con profundo respeto y afecto, ya que a todos asiste la convicción de que él posee aptitudes especiales para el puesto que desempeña, donde desarrolla un programa fecundo de acercamiento pan-americano; intensa labor que puede ejecutar él mejor que otros, por conocer *de-visu* y casi en detalles, todas las Repúblicas del Continente.

Horas después nos condujo Mr. Rowe a su sala de trabajo particular y ahí nos fué grato ver, adornando los estantes y paredes, múltiples retratos y autógrafos de los principales pro-hombres de la América y Diplomas que lo acreditaban como Miembro Honorario de innumerables Instituciones de la más variada índole: universitarias las unas, literarias las otras y hasta de sport, etc., que muestran el aprecio continental que se tiene por sus actividades.

Para completar el día, hicimos aún dos visitas de importancia:

Una al Secretario del Interior, Honorable Hubert Work y otra al Secretario de Comercio, Honorable Herbert Hoover, quienes nos recibieron con igual amabilidad y analizaron, en sendos discursos, los altos significados de la misión de progreso que nos traía a los Estados Unidos.

Mr. Work es persona muy locuaz y amable; pero al hablar, no escruta ni mira a los ojos de sus oyentes, como Mr. Hughes, sino que habla y habla sin acción, ni modulación, moviendo a compás la cabeza, de uno a otro lado, como péndulo de un acompasado reloj y conservando prisioneras sus manos en los bolsillos del pantalón.

En cambio, Mr. Hoover es más insinuante, sin tener las características y atracciones de un orador. Se le escucha y observa con singular atención y afecto, recordando las páginas excepcionalmente brillantes que adornan su laboriosa vida.

Como se recordará, hasta antes de la guerra europea, el Sr. Hoover no pasaba de ser un afortunado ingeniero, que ganaba mucho dinero como administrador de Empresas Industriales; pero, cuando su país tomó parte en ella, el Presidente Wilson, apreciador de sus actividades, lo puso al frente del aprovisionamiento del Ejército y con posterioridad a la firma del armisticio, dedicó todo su elevado altruismo a salvar del hambre a los niños condenados a perecer. De ahí que millones de madres alemanas y rusas eleven a diario hasta el cielo, sus preces de reconocimiento y gratitud, denominándole el salvador de sus hijos.

Como término de ese día tan movido y pródigo de atenciones, asistimos en la noche a una función de gala que se dió en nuestro honor en el Keith Theatre, que estaba repleto de una lucida concurrencia y que nos ovacionó afectuosamente al ocupar los palcos que se nos habían destinado.

La amplia y hermosa Sala estaba adornada con las banderas de todas las Naciones ahí representadas y en ella escuchamos con no disimulada emoción los Himnos de nuestras lejanas patrias...

A media noche, regresamos a nuestro Club, donde me aguardaba una sorpresa de alta significación personal: Una hermosa fotografía del Presidente Coolidge, con afectuoso autógrafo,

Éstas han sido las variadas atenciones que se nos han dispensado en el primer día de estada en Wáshington. Su sinceridad constituye una prueba elocuente del terreno firme que viene ganando el pan-americanismo y el deseo creciente de vinculaciones que domina hoy entre los pueblos y personalidades que forman el mundo de Colón.

• • •

El programa del día siguiente era de índole diversa; pero no de menor interés para nosotros.

En las primeras horas de la mañana, se nos condujo a *Monnt Vernon*, la histórica mansión que habitó el gran Wáshington en los últimos cuarenta años de su ejemplar y fecunda vida.

Situada en un pintoresco rincón del Potomac, lejos de la capital que hoy lleva su glorioso nombre, se contempla tranquila y virginal entre cuidados jardines y extensos parques.

Su aspecto interno es de absoluta modestia, pero imponente por los recuerdos que encierra.

Al frente, ocho altos pilares forman un corredor y sustentan una azotea espaciosa; a los costados rompen la uniformidad, dos asoleados *Cow-Windows*, que también coronan dos altos miradores.

Dentro de esta mansión, cuidada como un tesoro, se distribuyen una serie de piezas, el music room, el west parlor, la biblioteca, el comedor de familia, la sala de lady Martha, el banquet hall, etc., etc., que parecen aun habitadas. Tal es el cuidado con que se las conserva.

Y así se llega a la imponente sala donde se exhibe la blanca cama, coronada

de cortinas, donde expiró el gran Presidente, en 1779, y los sencillos muebles que la adornan. El *cicerone* baja entonces la voz, con respetuosa unción y los visitantes caminábamos casi en puntillas, como temerosos de auyentar o profanar algún recuerdo sacrosanto del hogar...

¡Qué preciosidades y reliquias engalanan esta mansión, que encierra algo así como el bautismo de gloria de esta gran Nación!

Nos encaminamos enseguida a la tumba del gran Presidente, donde también se guardan los restos de la inseparable compañera de su vida, de Lady Martha, para lo cual hay que franquear una puerta de reja, sombreada por un arco de tupidas yedras, por entre las cuales apenas si se divisaba una plancha de mármol blanco con esta sencilla inscripción.

•WITHIN THIS INCLOSURE REST THE REMAINS OF GENERAL GEDRGE WAS-
HINGTON•

Nada más.

Coronando el sarcófago que se ostenta en una amplia sala, pueden leerse aún otras leyendas, versículos bíblicos quizás; pero que respiran serena paz y suprema humildad:

Hoy la resurrección y la vida,
El que creyere en mí será eterno.

Atristado casi el espíritu ante la majestad de estos recuerdos gloriosos y fúnebres, regresamos a la ciudad, al Chevy Chass Club, a fin de asistir a un suntuoso banquete que nos ofrecía galantemente Mr. Roy D. Chappin, Presidente de la Cámara Nacional de Automóviles, donde hubo prodigalidad de discursos, entre los cuales seguramente sobresalió el pronunciado por el Secretario de Agricultura Hon. Henry C. Wallace, de cuyo Ministerio depende la construcción y conservación de las carreteras nacionales.

Después de recorrer y admirar las extensas y verdes praderas de este aristocrático Club, donde se juegan casi a diario famosas y muy comentadas partidas de golf, nos trasladamos al Potomac Park que recorrimos en todas direcciones en veloces automóviles, deteniéndonos en alguno de sus variados monumentos.

Ahí está, entre otros, el Memorial Lincoln, hermoso templo de puro estilo griego y rodeado de gruesas columnas de mármol blanco y que se ha colocado sobre un alto cimient o gradería, a objeto de honrar una de las figuras históricas más veneradas en los Estados Unidos.

Al centro de un imponente hall del Memorial se vé la figura patriarcal del ex-Presidente, simbolizada en una estatua gigantesca, donde puede contemplarse al creador de la Unión y emancipador de los esclavos, sentado en una alta poltrona, con ambos brazos sobre sus apoyos y mirando fijamente al porvenir, que se refleja dulcemente en un extenso lago rectangular que hay al frente y cuyas aguas surcan blancos cisnes.

En las paredes de éste hall se ha grabado una serie de inscripciones, entre las cuales, figuran largos trozos de sus más importantes discursos y Mensajes al Congreso, pero ninguno más hermoso y simple que la del frontis, tras del Monumento y que a la letra dice:

IN THIS TEMPLE AS IN THE HEARTS OF THE PEOPLE; FOR WHOM HE SAVED THE UNION, THE MEMORY OF ABRAHAM LINCOLN IS ENSHREINED FOR EVER

Y ésta es la verdad.

La memoria de Lincoln, no sólo vive en ese templo, sino que está eternamente grabado en el corazón del pueblo, que sabe que a él debe la unidad nacional y la grandeza de sus instituciones republicanas.

* * *

Y así seguimos, de parque en parque, de avenida en avenida, visitando, aunque fuera de prisa, geniales construcciones; el Museo Nacional, el Capitolio, la Biblioteca del Congreso, el Monumento a Wáshington, el edificio del Tesoro, etc., que encierran preciosidades y maravillas de arte infinitas, hasta llegar, entrada ya la tarde, a la *Estación Experimental de Arlington*, y al *Bureau of Standards*, que significaban para nosotros, algo así como el comienzo, la inauguración de la tarea inspeccional y educativa sobre caminos, que nos había traído a los Estados Unidos.

En la primera se efectúan toda clase de experimentaciones sobre la construcción y conservación de las carreteras y puntos, analizándose los defectos del tránsito, para lo cual se cuenta con una infinidad de curiosos y sencillos aparatos: contadores automovilísticos, acelerómetros, medidores de fuerza, profilómetros, máquinas de impactos, inscriptores de presión, etc., y en el segundo, se controlan los pesos y medidas y se experimenta, en laboratorios dinamométricos curiosísimos, todo lo que pueda ser útil al público y a los industriales.

Para que se aprecie la trascendencia de estas creaciones *sui-générís* podríamos citar el caso de señaladas experiencias que han conducido a resultados maravillosos, como las efectuadas en el estudio de los contactos en los frenos de automóviles, que condujeron a innovaciones que en la práctica se han traducido en ahorros inmensos, estimados en una suma no inferior a diez millones de dólares al año... de los cuales usufructúan los dueños o traficantes de automóviles.

Como organismo complementario de ambas Instituciones, podríamos citar la *Junta Ejecutiva de Caminos*, que se dedica especialmente a la enseñanza y popularización de los mejores y más espeditos medios y métodos constructivos de los highwar's, la que presidida por Mr. John J. Tigert, que es algo así como un Ministro permanente de Instrucción Pública, es virtualmente administrada por el reputado ingeniero Mr. Thomas H. Mac-Donald, Jefe de la Oficina de Caminos Públicos, que funciona permanente en Wáshington como dependencia del Departamento de Agricultura.

El señor Tigert es una persona joven, alto, sensiblemente delgado y de físico muy atrayente. De gran corrección en el vestir, de charla muy amena y jovial, tiene reputación de gran orador; pero, a nuestro juicio, se exagera, porque su voz nasal y sin modulaciones le perjudica considerablemente, a lo que se agrega una extraordinaria locuacidad, por lo general difusa. Cuando sube a la tribuna, habla hasta el punto que estamos ciertos que le cuesta más concluir que iniciar sus discursos, que se complace en salpicar de anécdotas graciosas y oportunas, a juzgar por el hecho de mantener a su público en constante hilaridad.

El señor Mac-Donald, por lo contrario, es persona que es necesario tratar algún tiempo para bien comprenderla. Bajo y grueso, moreno y casi terco, de fisonomía; tiene, como decimos en Chile, *cara de pocos amigos*; pero después de conocerlo en la intimidad, se torna amable, atrayente y hasta jocoso, sobre todo cuando lucía sus primeros ensayos de español.

Como cooperadores de estas distinguidas y atrayentes personalidades, muy conocidas y populares en los Estados Unidos, figurarán en nuestra jira *educacional de caminos* muchos otros altos funcionarios públicos que recientemente hemos conocido; como ser, los señores J. T. Henry, Director de la Junta Educacional de Caminos; Philips Smith, editor de la revista *Ingeniería Internacional*; Mr. Althoff y Mr. O'toole, del Departamento de Comercio, etc., a los cuales podríamos agregar el Dr. John D. Long, que habíamos conocido en Santiago como médico de la Delegación norte-americana en la Quinta Conferencia Pan-americana, y al señor Guillermo A. Sherwell, que también figuró en esa Conferencia en el carácter de traductor oficial y que actualmente desempeña el alto cargo de Secretario de la Comisión Inter-americana de Finanzas.

A los anteriores, y como indispensables ad-láteres, debemos aun agregar diversos representantes de la prensa unida, fotógrafos, filmadores, etc., y hasta Delegados de Instituciones científicas de importancia, con los cuales llegó a sumar nuestra Comitiva un total de cerca de 150 personas, de buen humor, mejor comer y deseosas de aprovechar en la mejor forma el recorrido.

Casi agotados por tantas gentilezas y manifestaciones, llegamos en la tarde a nuestro alojamiento del Raquet Club; pero, aun nos quedaba una atención por recibir antes de tomar el tren que nos debía conducir al Estado de Carolina del Norte. Era un banquete con que deseaba despedirnos la prensa de la Capital, y que se realizó con todo esplendor y lujo de discursos, en uno de los Clubs locales.

A las 9.30 P. M. desde la propia sala del banquete, nos trasladamos a la grandiosa Estación Unida, y ahí nos despedimos de tantos y tan obsequiosos amigos, camino de otras ciudades, de otras amistades y, seguramente, de nuevas y mayores amabilidades.

Ing. SANTIAGO MARÍN VICUÑA.
(De la Pan-American Highway Commission)

Ramón Clares P.

Poemas del fuego

I

CREACIÓN



ESTA llama está oculta
en su propio fulgor...

Hace los silencios
luminosos y hondos... Su presencia
todo lo penetra y lo alumbra por dentro...

Esta llama disipa las palabras
como gasas de niebla,
y desnudo y ágil salta el pensamiento,
como un hombre limpio de pecado
en la quieta alegría del paisaje.

Arriba las estrellas se cuentan el milagro,
y en sus ecos casi se escucha el verso
que se cuajó en la voz del Dios-Poeta
cuando miró en el rostro la Belleza...

Esta llama está oculta
porque puede
mostrarlo todo y todas las pupilas
pueden ver en su luz .. Todos los hombres
son sus lámparas... Y en cada noche
les va haciendo la carne más graciosa
y más leve, hasta rompérsela

en el costado, y formarles labios puros
para alabar a Dios...

El blanco lienzo
se me llena de rosas encarnadas,
cuando siento esta llama silenciosa
como el amor, amándome...

II

EXTASIS

Para que me reconozcas,
he quemado en la hoguera de las zarzas
mis mantos y sandalias...

Estoy tan inmóvil en tu seno
como lo está el Dolor, cuando el Olvido
le aprieta el corazón entre sus manos...
Mi cuerpo no da sombra, cuando entra
mi camino en tu luz... Ningún hombre
puede verme, porque sólo conocieron
mi sombra caminante...

En tu seno
mis pupilas se abrieron hacia adentro
y te miran llegar... Mis palabras
no suenan en el aire, pero siento
que me hablan en tu Voz... Cada cosa
astro o flor, cuanto canta y cuanto ama.
parécenme tan hondos que, como ecos,
encuentro en todo el ritmo de tu nombre...

Para que me reconozcas,
he quemado mis mantos y sandalias...
y sé que estoy en Ti, cuando los hombres
sienten que sale un hombre de sus odios
y que entra a sus dolores un hermano...

Raúl Wörner Moncada

Motivos del Juan Cristóbal

MOMENTO



AE la tarde. Está callado el piano.

Ronda el alma celeste de Antonieta Jeanin.

Están juntas las almas y están juntas las manos
de Juan Cristóbal Kraft y de Olivier.

El hilito de lágrimas de una canción lejana
se desteje en las manos de la gris tarde quieta.
Llega la oscuridad a toque de campanas...
y silenciosamente el alma de Antonieta.

Brota de toda cosa cual dolorosa yema
de floración nostálgica ultraterrena, y
va nevando este mundo con la quietud suprema
de una losa del cementerio de Ivry.

RAÚL WÖRNER MONCADA.

Oraciones

I

LA ORACION DE MIS VENAS



VENAS mías, cantos de suavidad sobre el mundo, por vosotras va mi sufrimiento iluminándome. Venas mías, redes de la maravilla ahondadas en mi cuerpo, así como vosotras sois los caminos que desembocan en la timidez del corazón, nosotros, arroyos en lo oscuro, nos desparramamos sobre la tierra para morir en Aquel que está inmóvil sobre el Oriente abriéndose el costado profundo.

Venas mías, canción inextinguible de mis recuerdos, ir y venir de la vida a la muerte; flujo y reflujo de las más distantes estrellas, volveos a la sombra que derrama sobre los mundos la túnica del Señor!

Venas mías, en vosotras se copia la belleza y guardada queda perfumándose. Venas mías, vosotras sois la divina tela de araña en la cual se prende el mundo.

Un día quise yo lanzaros por la tierra como un haz de raíces para que bebieran toda la hermosura del universo. Los montes y los valles le darían su canto profundo; pero cuando iban mis venas por los caminos arrastrándose, apareció de súbito, así como apareces tú mi Dios a los santos, el cuerpo de una mujer frente al cielo morado, entonces mis ojos sorbieron la belleza de aquella que andaba con las manos tendidas y lentas y ahondadas mis venas se fueron recogiendo hasta desembocar nuevamente en mi corazón.

Venas mías, desde aquella hora siento que la eternidad me atra-

viesa como un dardo cuando recuerdo, aquellos ojos abiertos al mundo como las llagas del Señor.

II

LA ORACION DE MIS PENSAMIENTOS

Yo poseo una red y la arrojo en mi mar, y ella aparece fulgurante de pensamientos; unos vienen de tan lejos que yo no podría adivinar su origen; acaso traen el rumor de los primeros árboles de la tierra; otros se adelantan en una clámide de tristeza y una luz morada los circunda.

En esta pesca milagrosa de pensamientos vienen todos los siglos; son un presente que atraviesa los días y llega a mí gastado como una estrella en el viento.

¿Qué mano lanzó montaña abajo desde la cumbre donde se vacía la colmena del día esta ola de pensamientos?

¿Quién empujó la barca desde la eternidad hacia mí?

Yo sólo sé que estoy penetrado de pensamientos, así como un espejo de luz. Si me tocaís el corazón volarán sobre las más altas torres.

Pensamientos purificados como agua en la arena; pensamientos maduros que se deslíen como los frutos de un árbol invisible.

En la noche cuando tu recuerdo, mujer, me invade y se yergue el espíritu inmóvil como si quisiera morir, entonces desde el fondo de mí, lejanísimos y ajados por la desgracia vienen acercándose mis pensamientos.

Y cuando todos se unen, cuando forman con la noche un amasijo lloroso, entonces yo siento que soy aquel pescador que al echar la red en su mar se quedó triste y mudo.

¡Yo debí tender mi red en tu corazón, Señor, y no lo supel! ¡Y acaso ya pasó la hora y sería tarde!

III

LA ORACION DE LA MUERTE

Un día, de imprevisto acaso, se desplomará ésta columna de mi vida y en torno mío la soledad y el gris silencio de la muerte bajarán como una pestaña sobre unos ojos inmóviles.

Entonces, Cristo mío tus manos de miel y amatista recogerán mi alma llameante así como el espigador alza en las eras el trigo que abandonó el Señor.

Antes de morir habré estremecido mis árboles con un soplo en tu alabanza y para recordarte aún más allá de mis huesos grabaré tu nombre en los pensamientos hondos del hijo. ¿Y si no lo tuviera, Señor? ¿Si no quedara de mi mar ni una ola?

Sé que la muerte ha de venir sigilosa, como la luz que de pronto inunda los cristales y es dueña del mundo. Sé, mi Señor, que a tí sólo puedo temer en la hora en que se desquicie mi alma en busca de su nido eterno.

Pero tú, Crucificado, que me diste la tierra para no perderme ¡la tierra! con sus montes combados como pomas, con sus valles suaves como la cabellera de una madre triste, con sus ríos vivificantes que se dan en un largo bien. Tú, mi Señor, que me diste el mundo para agitar la canción de mis entrañas ¡cómo podrías dejarme solo cuando me deslice hacia la muerte! ¡En qué báculo puedo apoyarme si tú no me ayudas!...

¡Temo, Señor, el turbión estupendo que asorda la hora última! Sé que nada podría defenderme de tu ira, ni éste corazón donde la tierra se copió hasta la raíz llorosa.

¡Tú saldrás a mi encuentro, Señor, cuando me vaya, buscándote! Así como un día tendiste tu arco-iris sobre la tierra, quedará mi corazón al apagarse, mirándote.

ANGEL CRUCHAGA SANTA MARIA.

Hombres, Ideas y Libros

José Vasconcelos

Mensaje a Norte América

Este Mensaje reciente del gran pensador y hombre de Estado mexicano ha sido dedicado a los estudiantes de la Universidad de Texas.



ON verdadera satisfacción me dirijo a los estudiantes y profesores de la Universidad amiga de Texas, la primera de las universidades americanas que ofreció becas a estudiantes mexicanos, y una de las primeras en mandarnos algunos de sus profesores, para que vivieran y estudiaran entre los profesores y eruditos mexicanos.

Los estudiantes nuestros que han venido a este centro docente aprovechando pensiones generosamente concedidas, nos han informado del trato diario generoso y atento que aquí recibieron. Hablando con ellos hemos descubierto que aquí los jóvenes aprenden no solamente las materias de clase, sino también a amar esta Universidad. Aprenden a amarla con una devoción fundada no sólo en la gratitud por la enseñanza gratuitamente recibida, sino también y principalmente, por la acogida leal y afectuosa que les otorgan sus compañeros los estudiantes y por las sabias y bondadosas enseñanzas de los profesores de la Institución. Se nos ha demostrado de esta suerte a los mexicanos que ustedes poseen la fuerza que da el amor, la más poderosa de todas las fuerzas, y con ella el secreto del verdadero maestro sabio, que consiste en ganarse no sólo la mente sino el corazón de sus alumnos.

Al mismo tiempo hemos tenido la fortuna de recibir como huéspedes en la ciudad de México a inteligentes, nobles, brillantes preceptores de esta Facultad.

PRECURSORES DE UN MUNDO MEJOR

No conocemos de ustedes todo lo que debiéramos, pero nos proponemos aprender. Venimos con el corazón abierto y como si penetrásemos en una nueva

especie de templo, un templo de ese futuro en que la humanidad ha de convertirse en una sola familia.

Nos sentimos como los precursores de un mundo mejor y más feliz, en el cual, la investigación sincera de la verdad y los cálidos lazos de la simpatía, tendrán que unirnos a todos en la belleza y el amor divinos. Tendrán que unirnos, no obstante que las diferencias espirituales existen, como otros tantos recursos del ser, recursos para descubrir la verdad y acrecentar la vida; pero las diferencias materiales y políticas tendrán que ir disminuyendo. Los privilegios sociales han sido ya desterrados de la libre América; las barreras económicas están siendo destruidas por el progreso en todo el mundo. Aun los idiomas, las tristes barreras del alma, tendrán que desaparecer no por el uso de una lengua común y artificial, sino mediante cierta selección entre las palabras: lucha y selección en la cual los nombres más aceptados y más bellos se combinarán para formar la lengua universal, de la que ya tenemos algunos ejemplos en términos que son casi internacionales; como hotel, club, vista y tantos otros. De esta suerte la sencillez, la claridad de la pronunciación y el ritmo musical predominarán fácilmente.

En toda la creación la ley del crecimiento se abre paso y se impone. La sociedad humana no podría quedar exenta a su influjo. La tribu se ha desarrollado hasta convertirse en estado; el estado se ha vuelto nación y las actuales naciones están desbordando de sí mismas, para convertirse en federaciones de pueblos análogos; tales como la federación de los pueblos de habla inglesa que estrechó sus ataduras firmemente, durante la última guerra mundial, o como la federación latino-americana que hoy despierta a la conciencia de su misión en el futuro inmediato del mundo.

LA RIQUEZA DEL ALMA

El crecimiento es la ley de la vida; pero las naciones modernas atraviesan por un período de crecimiento desconocido o casi desconocido en los más antiguos y probablemente inferiores tipos de civilización. Las naciones modernas han dejado de pensar que la lucha por el territorio es el medio principal de engrandecimiento. La civilización moderna ha llegado a entender que el engrandecimiento por el espíritu abarca más extensión y es más fecundo en riqueza. El engrandecimiento por el espíritu no trae penalidades, y en cambio aumenta la libertad y la dicha de todos los hombres. El triunfo de una sola alma aumenta por sí solo el poder de todos los otros seres. La riqueza espiritual crece más mientras más se gasta. No es como el dinero que se acaba y se pierde; se parece a la aurora que es más brillante y crece más cuando son más los ojos que la miran. La riqueza del alma se difunde como el coro de los ángeles, que hasta las mismas piedras conmueve, cual si las animase de conciencia.

La ley del crecimiento desborda nuestro tiempo. El mundo entero se halla empeñado en aumentar el conocimiento y la riqueza. La humanidad pasa por un

proceso de organización de conjunto. Esto no había ocurrido antes. En el pasado encontramos civilizaciones profundas y deslumbradoras como la griega y alrededor de ella una serie de pueblos clasificados como bárbaros, no solamente porque no habían asimilado la cultura central, sino principalmente porque eran tan distintos y vivían tan aparte que no podían combinarse para aumentar el progreso común. Los griegos y los hindús desarrollaron grandes civilizaciones en los mismos siglos, sin tener noticias unos de otros. Los romanos agrandaron el viejo mundo, pero todavía se quedaron ignorantes del Asia, así como también desconocieron totalmente las importantes civilizaciones del Continente Americano. La civilización era entonces un fenómeno racial; era indú, era griega.

NO HAY BÁRBAROS EN NUESTRO TIEMPO

En los tiempos modernos no podemos decir que la civilización haya sido inglesa, francesa, italiana; ha sido todo esto y además española, alemana, rusa; ha sido europea. El ensayo fué mayor que el del viejo imperio romano y todavía reboseó de sí misma para crear esta segunda era de europeísmo, de la cual nosotros en el nuevo mundo somos los herederos y continuadores. Pero el Asia se había quedado aislada. Entonces, los portugueses, los franceses, los españoles y los ingleses, fueron a despertarla, y hay ahora pueblos como el Japón y la India que contribuyen en invención, en trabajo y pensamiento, más que muchas naciones de origen europeo, para la formación del mundo actual. En verdad, se puede afirmar que no hay bárbaros en nuestro tiempo. Hay todavía algunos salvajes, pero no hay bárbaros. La civilización se ha convertido en un hecho universal. Superó a la tribu, supere a la nación y al imperio, y actualmente abarca el mundo. No debemos alarmarnos ni siquiera cuando se nos habla de la decadencia y el fracaso de la civilización europea o de la civilización occidental. Las analogías que encuentra Spengler entre los últimos días de los viejos imperios, y el presente estado de la cultura occidental, no son reales, se reducen a lúgubres temores de una mente confusa. Aun cuando una nación o un grupo de naciones desapareciese, esto no se parecería a la caída del Imperio Romano. Significaría solamente el agotamiento temporal de cierto agregado humano y la aparición de elementos más jóvenes y más fuertes que tendrían que continuar la misma lucha organizada ya universalmente para conquistar la naturaleza en beneficio de la vida. Ya nada puede hacernos retroceder hasta el aislamiento primitivo. La civilización se ha hecho universal. No es occidental, ni oriental; ya el Oriente y el Occidente semejan un solo milagro conjunto en la comprensión iluminada de muchas almas. A pesar de Kipling, el gran poeta, el Oriente y Occidente se han juntado. Solamente los egoístas empedernidos o los que padecen prejuicios ruines no quieren ver este incremento diario de las fuerzas que afirman la hermandad de todos los hombres.

EL DEBER DE LOS UNIVERSITARIOS

En cuanto a la mejor manera de devolver este laberinto de la vida; en cuanto a la forma que deba emplearse para alcanzar la salvación colectiva, son ustedes, universitarios del mundo, los que deben aconsejar; a ustedes corresponde hablar, nobles pensadores, sabios, obreros del progreso. Si somos sinceros el pueblo sabrá escucharnos. Hemos cometido, estamos cometiendo serios errores. Todo el mundo está cometiendo errores y corrigiéndolos para establecer el equilibrio en esta larga y oscura epopeya. Pero nuestro deber es ayudar y la ayuda debe prestarse no al que más queremos, sino al que más la necesita. El progreso es una especie de cruzada para la salvación de los hombres, pero no seamos hipócritas, no hablemos de libertad cuando no hemos podido defendernos del despotismo de la codicia. El dinero y la riqueza deben producirse y ser protegidos, pero con el fin de que sirvan al pueblo y a la humanidad, no como instrumentos de destrucción y humillación de los hombres. Creemos que la solución adecuada del problema económico es el más importante de todos los asuntos que deben ocupar la atención moderna. Creemos que el mundo no puede seguir adelante, si los problemas sociales no se resuelven desde el punto de vista de los intereses más altos del espíritu. El anhelo de conquistar esta clase de progreso por medio de errores, violencias, esperanzas y aciertos, esta es en esencia, la revolución mexicana.

Esto explicará a ustedes por qué no somos, por qué no podemos ser en nuestra actual generación enemigos de un país determinado. No podemos abrigar odios injustos. Trabajamos para la humanidad y para el espíritu, no podemos por lo mismo abrigar pequeños rencores, estrechos prejuicios en contra de ninguna raza o nación. ¿Cómo podríamos ignorar que los hombres de hoy que trabajan por la humanidad, están unidos más allá de las barreras de la nacionalidad y el idioma, unidos estrechamente en el anhelo común de conquistar la verdad, el bienestar y la belleza? Las mayorías oprimidas de todos los países deben unirse no para la destrucción y la venganza, sino para comenzar la campaña de la liberación común. Ya no más odios ciegos; ya no más odios de raza, ni odios de clase; ya no más odios entre los hombres. Guerra solamente a los sistemas sociales injustos, contra la fuerza que humilla el cuerpo y sacrifican el alma.

UN MENSAJE DE AMOR A NORTE AMERICA

En las manos de ustedes, ciudadanos de Texa, entregamos nuestro mensaje de amor dirigido a todos los nobles espíritus de Norte América. Es el mensaje de un pueblo que tiene sus tradiciones propias y su tipo peculiar de civilización; de un pueblo que lucha para conquistar un futuro independiente y libre; de un pueblo que ama la vida, pero que ama su independencia todavía más; de un pueblo que lucha no sólo por la libertad política, sino también por la libertad

económica. No mereceríamos la amistad de los espíritus libres de América, si fuesen otros nuestros ideales.

Con las honradas, democráticas tradiciones de gobierno de este país, mantenemos tradicional alianza. Más aún, en esta época en que todas las naciones se hallan unidas en finalidades y recursos, debemos estrechar esta alianza a fin de batir juntos a los enemigos comunes de las almas libres: el imperialismo de la fuerza; la codicia del capital; el despotismo de la crueldad. Tales son los enemigos de las pequeñas naciones y también los enemigos de los ciudadanos de los Estados Unidos, la nación mayor. Peligros comunes, porque el imperialismo ha sido perjudicial al progreso y a la libertad desde los tiempos de Alejandro de Grecia y César de Roma, hasta nuestros tiempos. El imperialismo oprime en el interior antes de sojuzgar al extranjero. Y el desarrollo del espíritu, el esplendor de la inteligencia, la expansión de la verdadera cultura se detiene, tan pronto como una nación usa su poder para esclavizar o explotar a sus semejantes. El infortunio de los oprimidos refleja su sombra en el rostro y en el alma de los opresores. Por eso la mayoría de los habitantes de este país próspero, grande, bien intencionado, desea que su bandera se mantenga fiel a los propósitos primitivos de libertad y de amor. La libertad no pudo encontrarse en el viejo mundo; el amor fraterno que creó la Unión; el amor universal que en nuestros tiempos lleva a tantos ciudadanos de este país y a tanta riqueza aquí acumulada para servir a los demás en donde quiera que hay calamidades, en cualquier parte del mundo en que los hombres necesitan de ayuda. ¡Nobles, esclarecidos millones de almas de la América sajona, nosotros los mexicanos somos pocos y mal armados, pero estamos con ustedes en los combates por la libertad y la justicia! Si oyen ustedes hablar de odio y tristeza hacia el Sur de vuestra nación, pueden, sin embargo, asegurar que la sonrisa de bienvenida está allí siempre dispuesta para los que lleguen con buena voluntad y afecto. Afirman que no hay mala intención en nuestros pechos. De un extremo a otro buscamos alianza y amor. Nos estamos confundiendo con toda la América latina, pero esta unión de pueblos es como el crecimiento del estado, en la forma superior de la nación, es el desarrollo de la nación en el horizonte más amplio de la estirpe. Es como un darse a navegar en el océano del idioma común, con el objeto de descubrir y construir lo que llamamos una raza o más bien un tipo de civilización. La unión que buscamos no tiene miras políticas o internacionales de mezquinos intereses. Deseamos ampliar al patriotismo, construyendo sobre la base del amor a la patria, el más alto amor de la estirpe. Predicamos lealtad a cierto concepto emotivo de la vida. Sabemos que las naciones actuales han sido forjadas por la geografía y por la guerra y creemos que estas consideraciones materiales no pueden ser definitivas para ningún alma libre. Comprendemos que los pueblos actuales se han constituido de acuerdo con ventajas materiales, aunque las haya reglamentado la mente, pero este arreglo de mera inteligencia y astucia agrada al poderoso y satisface al triunfador, pero carece del asentimiento del espíritu. Existe sin embargo la posibilidad de una tercer manera de organizar pueblos que hemos llamado *estética*, en oposición de las maneras intelectuales

y materialistas. En esta tercer manera el amor y la belleza gobernarán a las almas inteligentes y libres. En esta nueva época el amor, la simpatía y el gusto tendrán fuerza de ley. Las afinidades personales y sociales serán indiscutibles; las razas y las lenguas se reunirán para desarrollar formas peculiares de sentimiento y de intuición, y ningún pueblo deseará conquistar a los otros, porque nadie querrá reducir la civilización haciéndola unilateral mediante la absorción que implica la conquista. Lejos de eso, todo el mundo comprenderá las ventajas de una expresión múltiple de la vida. Por esto luchamos y esta es la significación del ibero-americanismo. Pero tal tendencia no llegará a consumarse sino a partir del día en que los conflictos materiales se ahoguen en la abundancia, la justicia y el amor. No se pudo encontrar el paraíso en el pasado, pero quizás se le pueda construir en el futuro. Nos hallamos muy lejos de él, pero la obra de redención debe ser iniciada. Hacia el Sur hay linderos, linderos políticos, diferencias de sangre, de idioma, de temperamento, las barreras de intereses encontrados, pero recuerden ustedes que todas estas murallas que separan las almas, no han sido jamás derribadas por la guerra, más bien han sido levantadas a causa de la guerra, la traición y el rencor. Recuerden que sólo el amor, el amor fraternal es capaz de destruir linderos y odios. El amor que liberta y crea. El amor que es impulso, y construye una suerte de vida que toma su ritmo y su ley de los esplendores de la naturaleza y de la danza de las estrellas en el cielo.

JOSÉ VASCONCELOS.

Abraham Valenzuela C.

Anatole France.—(1844-1924)

«¡Salve, oh luz dulce y amada!»
Ifigenia; Eurípides.



OCO tiempo hacía que Paul Gsell había escrito «Les martinées de la Villa Saïd.

En esta misma casa, escondida en el silencio de una de las avenidas transversales del Bosque de Bolonia, donde France, encerrado en «la ciudad de los libros», concibiera la mayor parte de sus obras extraordinarias, ya ha sido entregado a la cariñosa veneración del pueblo de París, el cuerpo del maestro, del cual ha huído para siempre aquella fuerza armoniosa que en él alentara.

«No hay otro como él en Castilla», decía Santa Teresa de Jesús, hablando del poeta del Cántico Espiritual. No había otro como él en el mundo literario, se ha pensado ahora, ante el desaparecimiento del maestro.

Jaime Anatole Thibault nació en París en 1844; era la época en que Lamartine escribía sus «Confidencias», Vigny se incorporaba a la Academia Francesa y Víctor Hugo, después de dar a la escena la serie más nutrida de sus dramas truculentos, era nombrado par de Francia. La formación artística de France transcurre, pues, cuando el romanticismo, cumplida su dolorosa gestación, alcanzaba pleno florecimiento, y viene a terminar, hacia los treinta años, en medio del triunfo resonante del Parnaso.

Su primera producción, sin tener en cuenta el estudio sobre Vigny, queda plenamente incorporada en la escuela de Leconte. Son «Les Poèmes dorés» y «Les Noces corinthiennes» (1873-1876). Es la única parte de su obra larga y numerosa que puede estrictamente ubicarse en una escuela, en una época literaria determinada.

Es esto lo que nos parece constituir el valor más elevado, el carácter único de la obra de France. En una edad en que todos eran románticos, parnasianos, decadentes, simbolistas, realistas, naturalistas, el arte de Anatole France se precisa muy pronto en un sentido perso-

nal, independiente,—nunca negado por nadie, a lo menos respecto a su estilo prodigioso,—que no podría engarzarse sino en la más elevada y pura tradición de los maestros franceses.

¿Qué es lo que ha determinado este valor único, lo que libró a esta obra superior de haber sido ahogada por una de esas temibles modas del siglo XIX?

Pensamos que acaso lo que da a esta obra un valor clásico es, cabalmente, el haber sido France, en un sentido general e ilimitado, uno de los hijos más auténticos de este siglo múltiple. Todas las direcciones del pensamiento filosófico y científico, la profundidad y el matiz con que cada dirección poética iba señalando la sensibilidad moderna, los caprichos del estilo, la energía profunda y amplia de la obra de los contemporáneos, todas las proyecciones de la mentalidad moderna herían su fina curiosidad de sabio y artista. Esta misma extensión de su capacidad receptiva,—los tomos de la Vida Literaria nos lo prueban,—ha debido determinar la posición fundamental que le permitía adivinar, en cada una de aquellas múltiples direcciones, la expresión de un valor dentro de la línea general, única, de la cultura humana.

Sin duda, se requiere cierta disposición particular para encontrar, por sobre el sentimiento artístico interior, el valor objetivo universal de las creaciones superiores de los hombres; y esto, sin afán estético determinado, sin la pretensión científica de reducir a fórmulas de cantidad, a concepciones vacías, lo que sólo podemos alcanzar por comprensión directa como realidad viviente, indivisa y continua.

En France se dió, por maravilloso accidente, esa particular disposición interior. No es posible comprender sino hartó superficialmente lo que constituye el fenómeno complejísimo del carácter personal; pero en France se advierte luego el predominio superior, permanente de la facultad intelectual; lo que es en él la imaginación creadora, la impresión musical de las imágenes, aun sus desviaciones profundas hacia la piedad y el ensueño, están como penetradas y dirigidas por su maravillosa potencia reflexiva.

Como racionalista puro, France es el último representante del siglo XVIII, no contaminado por esa ilusión que ha hecho del arte oficio obscuro de conocimiento. (Es el momento de hacer la rigurosa cita de Bergson, Einstein y Freud, dice Cocteau...)

Desde la casa en que nació, en el muelle Malaquais, donde había de

hacerse el «hombre de libros» junto a la librería de su padre, en contacto diario, doméstico, con gentes que a través de la revolución, habían conservado la conformación mental del siglo anterior, el panorama que se ofrecía a sus miradas infantiles eran «el Sena y sus puentes y el Louvre de los Valois». Este recuerdo persiste en él hasta sus últimos años.

Su movilidad intelectual, la diversidad y amplitud de su cultura, no hicieron sino purificar las raíces de su formación literaria, hundidas profundamente en el genio galo. Rabelais, Montaigne, Lafontaine, Voltaire, Renán: he aquí la tradición francesa pura que France no ha hecho sino continuar, exaltándola.

Esta actividad permanente de la reflexión ahoga el estallido pasional, el ejercicio inconsciente y profundo de las potencias instintivas,—que ha dado frutos tan extraordinarios, creaciones tan imprevistas del arte contemporáneo,—impide la objetivación de la voluntad creadora en esos tipos humanos entregados a la acción ciegamente y con fuerza interior y propia—Shakespeare, Stendhal, Balzac—; pero, si hace perder en naturalidad espontánea, en un espíritu de sensibilidad afinada y profunda, cobra ese valor puro, sereno, sin caídas, de lo que podríamos llamar la naturalidad cultivada. Es, acaso, el oficio de la «composición literaria»; pero conducido, por exageración de su propio carácter, a un extremo de perfección.

Este predominio de la razón pura, ante quien las demás potencias humanas apenas cobran valor fuera de la luz que de ella reciben, había de llevarle muy pronto a fijarse en esa posición filosófica que oscila entre el relativismo subjetivo y el agnosticismo, dos actitudes mentales que quedan íntegramente dentro de la cultura clásica. Sobre este fondo de negación total,—retramiento hacia el mundo interior,—el Universo viene a reflejarse en multitud de imágenes luminosas, coordinadas en la armonía de la razón, reveladas en la música maravillosa de su lenguaje.

France no llegó jamás a la concepción amarga y trágica de la vida porque junto al hombre que niega, llevaba en sí mismo al hombre sensual, capacitado para coger, lo más noblemente que es posible hacerlo, el aspecto agradable y pintoresco de las cosas. Hay dos elementos fundamentales de la conciencia que la razón no podrá destruir jamás porque son anteriores a ella y la condicionan: el placer y el dolor, traducidos de mil maneras en esta voluptuosidad innumerable que nos ata a la

vida. ¿Por qué, entonces, la razón negadora no podría aceptar sin contradicción las afirmaciones de la belleza, el amor, la piedad, el sacrificio y todos los valores humanos superiores?

France se contradice, se repitió ante ciertas actividades revolucionarias, muy conocidas, del maestro de la negación apacible y sonriente. El que había presenciado la muerte edificante de Jerónimo Coignard no podía contradecirse en ese noble discurso que a cerca del lento y doloroso perfeccionamiento de la vida y de las bondades de la sociedad futura, pasara el catedrático Bergeret con su hija, en una clara y memorable mañana de año nuevo. Tampoco se contradecía el académico Bonnard cuando invocaba las fuerzas misteriosas de la razón y de la vida, desde el fondo de su desengaño y de su irremediable desilusión. El hombre es siempre un poco más complejo de lo que es preciso hacerlo aparecer en los aforismos morales y en la definición de un carácter literario. Pero, ¿es indispensable definir?

Es, sin duda, por no haber querido evitar estas aparentes contradicciones,—reducidas a la unidad en la realidad interior,— por lo que France ha podido llegar a la creación de esos tipos superiores, completos como hombres, perfectos como realidad artística, que llevan siempre las trazas de su espíritu, porque el maestro sabía que el mundo muere en nosotros.

Se le ha hecho descender, se le ha reducido, observándole desde el punto de vista de las direcciones artísticas más recientes; se le ha negado el calor, la pasión, el grito humano. Pero, ¿sería tan desagradable la uniformidad en el mundo!, y, además, tal vez no llegue nunca el día en que falten hombres que sepan conceder algún valor a lo que, en un sentido o en otro, es perfecto.

Este amable nihilista, que en medio del incesante fluir de la apariencia universal, supo fijar profundamente un instante la incierta armonía de la razón y del mundo, en un himno en que resuenan los acentos con que morían las mujeres en las tragedias de Eurípides, invocó a la luz imponderable y serena en que viven las cosas. Desde entonces, la suave «hija de las estrellas» penetró para siempre su obra:

Salut! car avant toi les choses n'étaient pas:

Salut! douce; salut! puissante...

...Par toi sont les couleurs et les formes divines...

...Sois ma force, ô Lumière! et puissent mes pensées,
Belles et simples comme toi,
Dans la grace et la paix, dérouler sous ta foi
Leurs formes toujours cadencées...

ABRAHAM VALENZUELA.